

# LA TEORÍA DE PROTOTIPOS Y SU APLICACIÓN EN GRAMÁTICA (I Y II)

TERESA MOURE

Departamento de Filología Española, Teoría de la Literatura y Lingüística General.  
Facultad de Filología. Universidad de Santiago de Compostela.  
15705 Santiago de Compostela.

En los últimos años, la introducción en los estudios lingüísticos de herramientas procedentes de la Teoría de Prototipos ha desatado una fuerte controversia. Es cierto que, como todo cambio radical de perspectiva, esta aproximación ha conseguido apuntar problemas nuevos y enfocar de modo original otros ya antiguos pero la pretensión de ofrecer una propuesta global sobre la categorización coarta sus incursiones en el dominio lingüístico. Los prototipos se alzan como alternativa única frente a un panorama desgastado y, al amparo de la Psicología, constituyen lo que ha dado en llamarse *Lingüística cognitiva*. El entusiasmo de sus defensores cristaliza en corriente de investigación a partir de unas publicaciones que, de entrada, parecen escasas, alejadas del terreno lingüístico y de muy leve peso histórico, ya que apenas remontan la segunda mitad de la década de los setenta. Los indudables atractivos de esta opción no justifican la escasa atención que se ha dedicado a la elaboración de un aparato conceptual apropiado para los hechos del lenguaje. Parece, pues, necesario definir la noción de prototipo para aplicarla con todo rigor a la teoría lingüística.

Palabras clave: prototipo, gradualidad, categoría, (no-)discreto, desviación

## 1. La categorización clásica

En su uso más habitual, el término *significado* adquiere dimensiones puramente lexicográficas: concierne a una palabra o, a lo sumo, a un conjunto de palabras que forman una construcción fija. De ahí que se identifique con el conjunto de propiedades que aíslan determinada porción de la realidad, precisamente aquélla a la que una palabra se aplica. Parece existir, pues, una estrecha conexión entre dos cuestiones parcialmente diferentes: la caracterización de las entidades del mundo real y las condiciones que rigen el uso de las unidades lingüísticas. El objetivo común de la comunicación obliga a los usuarios de una lengua a compartir criterios

*Contextos*, XII/23-24, 1994 (págs. 167-219)

sobre los que asentar sus categorías, de modo que la adquisición del lenguaje se liga tanto a procesos cognitivos como a otros puramente idiomáticos. A medida que se desarrollan habilidades para deslindar el continuum de la realidad, se va asimilando un sistema lingüístico concreto, el material léxico con que nombrar los objetos y las condiciones de uso de cada término. Ambos tipos de información suelen reflejarse en los diccionarios, cuyo valor instrumental reside precisamente en que conjugan los criterios definitorios de las palabras con sus condiciones de uso. Valgan como ilustración, las definiciones que aporta María Moliner en su diccionario (1990) para el sustantivo '*pájaro*' o el adjetivo '*verde*':

*Pájaro*: Nombre aplicado a las aves como, por ejemplo, la golondrina o el gorrión, que son voladoras, con el pico recto, los tarsos rectos y delgados, y cuatro dedos, dirigidos uno hacia atrás y tres hacia delante. [DUE II:605]

*Verde*: color simple que se encuentra en el espectro de la luz blanca entre el amarillo y el azul. Es, por ejemplo, el color del follaje. [DUE II:1508]

En ambos casos, las definiciones presentan un conjunto de rasgos identificadores, como la capacidad de volar y la posesión de determinadas características morfológicas para '*pájaro*' o la situación física en el haz de luz blanca para '*verde*'. Pero, por si esos rasgos no bastaran, se añade un ejemplar inequívoco del conjunto de individuos que podrían recibir la etiqueta lingüística correspondiente: *golondrina* o *gorrión* se aducen como representantes del tipo pájaro; *follaje* como exponente de los objetos de color verde. En realidad, los criterios definitorios de las clases naturales son independientes del saber lingüístico. En los casos que nos ocupan proceden de la taxonomía biológica o la Física, de modo que el hablante no especializado desconocerá los criterios adecuados para definir, incluso, dos palabras tan habituales como éstas. Para quien consulta un diccionario resultan de mayor utilidad las indicaciones deícticas —del tipo *X es un pájaro*—, que un conjunto de propiedades presumiblemente ajenas al acervo común e insuficientemente delineadas. Por otra parte, ninguna de las definiciones es realmente lingüística en el sentido de que no atiende a

los contextos del español en que la palabra puede usarse. No indican, por ejemplo, que 'verde' sólo se aplica a sustantivos que denotan entidades del mundo físico; ni que se opone a otros nombres de color, como 'azul' o 'amarillo', o que puede matizarse con calificaciones que apuntan meras variantes, como 'verde oscuro'. Todavía es más grave que no se indique en 'pájaro' su alternancia con 'ave' y el hecho de que ambos términos se repartan la misma esfera de la realidad aludida en inglés o francés con uno solo, respectivamente, 'bird' y 'oiseau'.

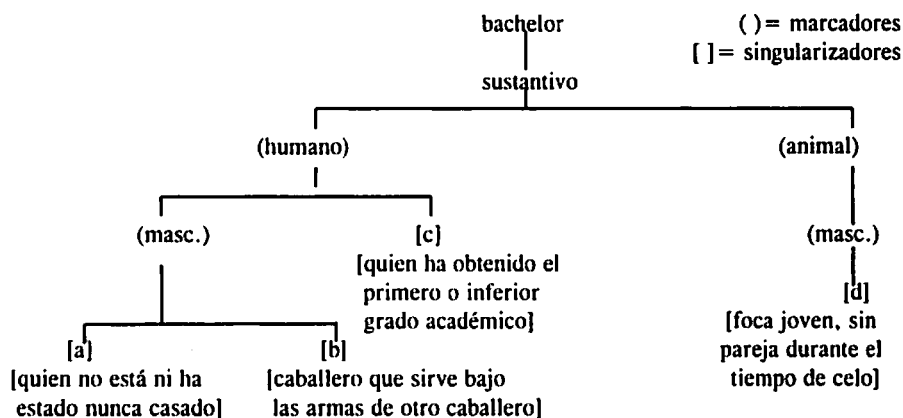
En Gramática, el significado se concibe, en cambio, como elemento constitutivo de los signos lingüísticos, en concreto, como el valor que éstos adquieren en el intercambio comunicativo. Cabe referirse, pues, al *significado léxico* pero, con igual propiedad, al *significado* de unidades superiores o inferiores a la palabra; de oraciones, cláusulas, frases y morfemas. Aun si el salto de uno a otro tipo de unidad reporta variaciones metodológicas, se mantiene constante su calidad de componente del signo. Contrapunto del significado, el *significante* recoge los aspectos de expresión, tanto en su faceta material —secuencia de sonidos— como en la puramente formal, donde supone propiedades de organización del código. Así que sólo al significado pueden atribuirse los aspectos psicológicos y culturales o las connotaciones derivadas del contexto de uso. Para evitar excesos en esta línea, la tradición estructuralista desglosa el significado en dos niveles, la *Sustancia*, ligada a las propiedades del mundo real y la *Forma*, encargada de organizar ese material externo en oposiciones sistémicas, que constituyen el objeto de estudio de la Lingüística. Además, el Estructuralismo asentó el carácter arbitrario de la relación entre las dos caras del signo, significante y significado. En principio, la hipótesis se fundamenta en la experiencia, toda vez que el vocabulario de las lenguas es diferente y, en consecuencia, no se basa en relaciones naturales con los objetos. Pero los seguidores de esta corriente estilizaron su formulación hasta el punto de que también los significados serían arbitrarios. Cada comunidad humana volcaría su capacidad de discernimiento sobre las entidades más destacadas de su entorno, a las que clasificaría de modo muy detallado, mientras otros aspectos, más o menos secundarios, recibirían escasa atención. De este modo, aunque la categorización lingüística

tome como punto de partida las divisiones cognitivas, resulta ajena a ellas y completamente autónoma. Lo que en francés se denomina '*vin rouge*' no puede traducirse al español por '*vino rojo*' pues en esta lengua el campo semántico de '*rojo*' no es tan amplio y ciertos designata, como el vino, reciben formas específicas, en este caso '*tinto*'. Si las equivalencias no existen, parece claro que la facultad humana de categorizar, aparentemente universal, se fragmenta en cada sistema.

Ante estos planteamientos, la vertiente del Estructuralismo americano conocida como Distribucionalismo evita cuidadosamente acudir al significado en el análisis gramatical. En Europa, mientras tanto, se atiende únicamente al modo en que se verifican los repartos en el interior de una lengua. Con esta perspectiva el significado aparece caracterizado como una entidad abstracta, a despecho de sus manifestaciones virtuales o designaciones. Al igual que en las restantes facetas del quehacer lingüístico, la Semántica se articula sobre unidades mínimas, los *semas*, que se definen negativamente por sus cualidades diferenciales con respecto a todos los demás elementos de su misma clase. Poco a poco, el significado se dibuja como un *significado de lengua*. Todos los cuidados metodológicos no lograron, sin embargo, frenar el afán taxonómico de que habitualmente se acusa al Estructuralismo clásico. Estos planteamientos se desarrollaron en ocasiones de modo un tanto ingenuo, como en el famoso análisis de B. Pottier (1965) del que se puede extraer que el significado léxico del término '*silla*' —original '*chaise*'— procede de la suma de ciertos semas en donde apenas se aprecian algunas cualidades referenciales, como la presencia de patas o respaldo. Su ordenación del campo semántico de los asientos (1965:34) muestra las limitaciones de esta aproximación.

	SEMAS PERTINENTES				
	Sirve para sentarse	Apoyado en patas	Para uso de una sola persona	Provisto de respaldo	Provisto de brazos
Canapé	+	+	-	(+)	(+)
Sillón	+	+	+	+	+
Silla	+	+	+	+	-
Taburete	+	+	+	-	-

La primera semántica generativa, la de J. Katz y J. Fodor (1963) se consagra también a un análisis componencial, similar a los que en Fonética y Fonología se manejan para el sonido. Adecuándose a las finalidades del modelo al que se adscriben, estos autores pretendían explicar la capacidad de los hablantes para captar la estructura semántica de un número potencialmente infinito de oraciones, sin manejar información sobre las circunstancias en que se hubieran emitido e independientemente de toda variación individual. En lugar de semas, la semántica generativa establece dos tipos de primitivos semánticos. Por un lado, los *marcadores* — ‘*markers*’ en el original— o significados elementales, del tipo [masculino] o [humano] que actúan en la totalidad del léxico o, al menos, en campos conceptuales muy amplios y se articulan en oposiciones sistemáticas. Por otro, los *singularizadores* — ‘*distinguishers*’— o características propias de una sola variante, que oponen cada acepción a las demás de su campo léxico. Esta tradición generativa resulta muy pobre, ya que sus objetivos son puramente notacionales y motivados por el objetivo final de obtener exactamente los rasgos con los que teorizar sobre los fundamentos universales de la Semántica. J. Katz y J. Fodor (1963:186) construyen así representaciones como la siguiente, con la que pretenden dar cuenta de la composición semántica del término ‘*bachelor*’ —en español ‘*soltero*’—:



Los intentos de formular una semántica generativa, sobre todo en esta temprana etapa, se consagran a destilar reglas válidas para la traducción automática. Sus carencias ante un proyecto tan ambicioso derivan de que el dualismo entre marcadores y singularizadores no se corresponde con ninguna división específica de las lenguas, así que se fundamenta sobre rasgos carentes de contrapartida objetiva. De modo general, tanto la Semántica estructuralista como la Semántica generativa responden, bajo distintas inspiraciones, a un quehacer discreto. Su punto de partida es la consideración de que el significado puede captarse y, en su caso, formalizarse atribuyendo a cada unidad un conjunto de propiedades. Cuando éstas no sean transparentes, el lexicógrafo juzgará su adecuación a partir de las fuentes proporcionadas por otras disciplinas. En todo caso, llegará a establecer un conjunto de rasgos necesarios y suficientes, que permitan individualizar cada significado y establecer saltos cualitativos entre las distintas unidades de una lengua. Al apostar por una metodología discreta, esta Semántica analítica gana sobriedad y economía pero debe justificar, al menos, dos deficiencias: la resistencia de ciertos sectores del léxico a descomponerse en rasgos mínimos y el propio fundamento en una batería de rasgos, que impide insertar casos marginales, si los hubiera, en categorías ya configuradas.

Frente a esta tradición de rigidez categorial, surge, al principio como mera intuición, la hipótesis de que las clases poseen confines borrosos. Uno de los más poderosos antecedentes de esta perspectiva arranca de la Filosofía del Lenguaje. En un intento de superar el período analítico anterior, L. Wittgenstein (1953) equipara el significado de un término a su contexto de uso y, desde entonces, las categorías semánticas no serían ya discretas y absolutas sino, más bien, difusas y contingentes. Una relación de parentesco —un aire de familia— mantiene la cohesión entre varios miembros de una misma categoría y, sin transiciones bruscas, la traspasa y penetra en el área de influencia de otra categoría: *A* se parecería a *B*, *B* a *C*, *C* a *D*, y así sucesivamente. Las diferencias entre los miembros de categorías contiguas en la transición pueden ser irrelevantes pero en tramos más extensos, entre *A* y *D* por ejemplo, las series apenas tienen ya nada en común. Las primeras huellas de esta perspectiva llegan de la Antropología lingüística y la Psicología Cognitiva que establecen universales

semánticos de base biológica, rompiendo con la arbitrariedad que el Estructuralismo había imputado al significado. De las comprobaciones experimentales de B. Berlin y P. Kay (1969) o E. Rosch [Heider] (1971 y 1972) se deduce la presencia de focos en las categorías o ejemplares que los individuos reconocen más deprisa, aprenden antes y emplean con mayor frecuencia. Al tiempo, en Semántica H. Putnam (1973, 1975) identificaba estereotipos socio-culturales para dar cuenta de las divisiones del significado, una perspectiva con antecedentes en M. Black y su tratamiento de la vaguedad (1937, 1963, 1970). Estaba naciendo la Teoría de Prototipos.

## **2. Antecedentes de la noción de *Prototipo***

### **2.1. El *aire de familia* de L. Wittgenstein**

Aunque el avance de las ideas suele presentarse como un proceso lento, donde cada hipótesis ha de someterse a la aprobación de la comunidad científica, no es inusual que las novedades calen profundamente en cuanto se perfilan los más ligeros asomos del cambio. Se diría que el mejor o peor acoplamiento de cualquier innovación en el conocimiento común depende del contexto cultural e intelectual de la sociedad que lo genera. Algo así debió de ocurrir con los planteamientos de L. Wittgenstein, probablemente el representante más destacado de la Filosofía del Lenguaje durante este siglo y cuya aportación, sin embargo, resulta especialmente difícil de valorar. Su estilo críptico y deslavazado o la aparente oposición entre las distintas etapas de su pensamiento permiten, cuando menos, cuestionar la importancia que a su trayectoria se le ha venido dando como fuente de inspiración de cualquier tratamiento no-discreto. Probablemente, el pensamiento de su época era un terreno abonado para que sus más ligeras indicaciones fructificaran, ya que introducían en Filosofía las novedades que estaban asomando en otros campos del saber.

Para situar a L. Wittgenstein en su contexto histórico, conviene tener presente que, desde fines del siglo pasado, una reacción contra la Metafísica despertó en Filosofía un fuerte interés por el lenguaje como fenómeno ligado al pensamiento del hombre y a su conducta que, además, por sus características propias, se convertía en un campo de experimentación

hasta cierto punto objetivo. El desarrollo de las ciencias naturales y formales sustenta la construcción de lenguajes científicos capaces de liberar al pensamiento de la vaguedad y subjetividad que envuelven los usos cotidianos. Siguiendo esta línea, todas las sentencias emitidas en una lengua natural podrían corroborarse empíricamente para demostrar así su verdad o falsedad. Y aquéllas que no se sometieran a procedimientos de verificación deberían ser rechazadas del interés científico como un sinsentido. Esta óptica da lugar a la Filosofía Analítica<sup>1</sup> que persigue un análisis escrupuloso del lenguaje, pues supone que cualquier problema filosófico puede tratarse aminorando la vaguedad lingüística.

Como discípulo de B. Russell primero y como uno de sus más destacados exponentes después, L. Wittgenstein se incorpora a esta corriente postulando un radical desdén por aquellos aspectos del lenguaje que se resistan a la formalización escueta de los simbolismos matemáticos: allí donde la depuración de la vaguedad sea imposible, el filósofo debe guardar silencio. Unos años más tarde, en la segunda etapa de su producción —lo que suele denominarse *el segundo Wittgenstein*—, este autor imprimirá un viraje profundo a la Analítica, al concluir que la depuración antes pretendida es inútil porque la inexactitud del lenguaje debe ser reivindicada como parte de su naturaleza (1953:§88):

*Inexacto* es realmente un reproche, y *exacto* un elogio. Pero esto quiere decir: lo inexacto no alcanza su meta tan perfectamente como lo exacto. Ahí depende, pues, de lo que llamemos *la meta*. ¿Soy inexacto si no doy nuestra distancia del Sol con un metro de precisión; y si no le doy al carpintero la anchura de la mesa al milímetro?. No se ha previsto un único ideal de precisión [...].

Es cierto que el lenguaje propicia equívocos pero L. Wittgenstein ya no pretende ninguna terapia clarificadora; al contrario, frente al cuidado que sus coetáneos ponen en la construcción de lenguajes especializados, rei-

---

<sup>1</sup> La Filosofía Analítica se desarrolla en torno al Círculo de Viena y a las Universidades de Cambridge y Oxford. Su período de vigencia ocupa desde 1879, en que G. Frege inaugura la lógica "clásica" con la publicación de sus primeros trabajos, hasta 1953, cuando ven la luz las *Investigaciones Filosóficas* de L. Wittgenstein.



vindicará el *lenguaje ordinario*. Este concepto merece alguna aclaración pues, desde un punto de vista inmanente, el enfrentamiento entre *lenguaje ordinario* y *lenguaje científico* carece de interés. Aunque estas denominaciones resulten muy cómodas y hayan gozado de gran éxito en Filosofía, desde la perspectiva lingüística parecen poco afortunadas. Los lenguajes científicos son códigos sustitutivos, que reemplazan a las lenguas humanas para usos concretos. Evidentemente *sustitutivo* no significa de segundo rango; la precisión es descriptiva y no valorativa. Los sistemas artificiales como las notaciones convencionales de la Química, la Lógica simbólica o la Teoría de conjuntos poseen conocidas ventajas —universalidad, economía, menor ambigüedad— pero no aportan nada que no pueda expresarse en el lenguaje natural, mientras que es indudable su menor versatilidad. De modo similar, la etiqueta *lenguaje ordinario* subraya una precisión innecesaria; la certeza de que existe un lenguaje no-técnico. Como en el caso anterior, lo extraño, lo marcado es que exista un lenguaje técnico<sup>2</sup>. En el entorno de la Lógica, sin embargo, la reivindicación del lenguaje ordinario era desconocida. Al eliminar los ideales de perfección o exactitud, L. Wittgenstein está reclamando que el lenguaje vale tal y como está, que no aspira a una ordenación perfecta (1953:§98). En definitiva no hay más que una convención por la que un instrumento complejo se adapta a los objetivos que el hablante pretenda y ninguno de ellos está estipulado; hay diferentes usos y el significado de cada palabra se deduce precisamente de su contexto de uso; es su uso en el lenguaje (1953:§43).

Si el lenguaje se adapta a las circunstancias en que el hablante emite su mensaje, la versatilidad podría desencadenar lenguajes privados, incapaces para la comunicación por evocar universos particulares. Ese objetivo compartido del intercambio de información aúna los intereses de los ha-

---

<sup>2</sup> G. Frege había defendido los lenguajes formales acudiendo a la metáfora del *ojo* y *el microscopio*. El ojo humano aprecia objetos de diferentes colores y tamaños; el microscopio sirve sólo a fines específicos para los que, sin embargo, el ojo se mostraba insuficiente. El lenguaje natural se adapta, como el ojo, a distintas circunstancias, pero el lenguaje de la Lógica, como el microscopio, gana en eficacia para ciertas tareas lo que ha perdido en capacidad expresiva.

blantes, que adquieren los significados de su lengua en el uso social, como quien aprende las reglas de un juego (1953:§7;23):

Podemos imaginarnos también que todo el proceso del uso de palabras [...] es uno de esos juegos por medio de los cuales aprenden los niños su lengua materna. Llamaré a estos juegos *juegos de lenguaje*. [...] ¿Pero cuántos géneros de oraciones hay? ¿Acaso aserción, pregunta y orden? -Hay innumerables géneros [...] diferentes de empleo de todo lo que llamamos “signos”, “palabras”, “oraciones”. Y esta multiplicidad no es algo fijo, dado de una vez por todas; sino que nuevos tipos de lenguaje, nuevos juegos de lenguaje [...] nacen y otros envejecen y se olvidan.

La noción de *juegos del lenguaje* destaca el carácter creativo y multidimensional del instrumento de comunicación por excelencia pero, también, evoca cuestiones de aprendizaje. Para llegar a interiorizar los significados de una lengua, el hablante debe asociar una expresión fónica a una categoría cognitiva, que sólo capta desde alguno de sus ejemplares. La imagen de L. Wittgenstein resulta muy plástica: para identificar la noción de juego no es tan indicativo proporcionar una serie de requisitos definitorios de la palabra ‘*juego*’ en una lengua particular como apuntar algún ejemplar característico —esto es, indicar que tanto el tenis como el ajedrez son juegos—. Ahora bien, las actividades que se citan como juegos son distintas y, probablemente, no sean juegos en la misma medida. En realidad, los distintos ejemplos que de juego pueden aducirse apenas poseerán en común un ligero parentesco, un *aire de familia* (1953:§67), recurso con el que destaca la ausencia de cualquier propiedad que se entienda como requisito inexcusable. Si los significados de las palabras no son más que juegos del lenguaje con un aire común, las clases semánticas pierden su uniformidad. Habrá mejores y peores exponentes del significado de cualquier clase, de modo que las fronteras categoriales se difuminan. En expresión del autor (1953:§68-9):

¿Qué es aún un juego y qué no lo es ya? ¿Puedes indicar el límite? No. [...] (Pero eso nunca te ha incomodado cuando has aplicado la palabra “juego”). [...] No conocemos los límites porque no hay ninguno trazado.[...] podemos -para una finalidad especial- trazar un límite. ¿Hacemos [...] utilizable ahora el concepto? ¿De

ningún modo! Excepto para esta finalidad [...]. Tan poco como haría utilizable la medida de longitud *1 paso* quien diese la definición *1 paso = 75 cm*. Y si quieres decir: "pero anteriormente no era una medida de longitud exacta", entonces respondo: "perfecto, era inexacta". -Aunque todavía me debes la definición de exactitud.

A pesar de todo, L. Wittgenstein no ensaya ningún tipo de formalización de ese entramado; al contrario, parece apostar por una total contingencia de los hechos del mundo. De este modo su alternativa pierde vigor para convertirse en un tratado, a veces caótico, que apunta atisbos de novedad sin esclarecerlos. Sólo bastante más tarde, cuando la Teoría de Prototipos busque antecedentes para asentarse con firmeza frente a sus detractores, L. Wittgenstein será reivindicado como fuente de esa orientación y reinterpretado a la luz del modelo cognitivo.

## 2.2. Los estereotipos de H. Putnam

Dando un considerable salto en el tiempo, la Filosofía del Lenguaje proporciona un nuevo antecedente a la Teoría de prototipos con la trayectoria de H. Putnam. Sin embargo, las fechas de publicación de sus dos trabajos más destacados (1973, 1975) exigen que ese rango de antecedente se justifique, puesto que cuando este autor se proponga renovar ciertos aspectos de la Semántica referencial, la veta experimental de los prototipos en Psicología ya habrá andado sus primeros pasos. Se trata de un antecedente particular; probablemente no de un precursor, sino del responsable de una tarea que interferirá con los prototipos y fomentará frecuentes confusiones. Sin menoscabo de los valores de su aportación, lo cierto es que el concepto de *estereotipo* elaborado por H. Putnam resultará bastante menos sofisticado que el *prototipo*, un primer esquema de lo que esta noción va a producir. Si bien, dado que la proliferación de la bibliografía sobre prototipos no llega hasta los años ochenta, podría decirse que se encuentra entre los fundadores de la veta cognitiva que impregnará distintos acercamientos al estudio del lenguaje.

En primer lugar, su aportación choca con la fuerte dosis de idealismo de que gozaban las teorías semánticas. En la faceta del significado de

interés para filósofos o lógicos, los acercamientos se reducían mediante los conceptos de *extensión*, o sentido de un término, e *intensión*, o referencia del mismo, destinados a acotar la ambigüedad del significado. En su lugar, H. Putnam va a reclamar una visión continua, ligada a las herramientas de los conjuntos borrosos (1975:133):

[...] a *set*, in the mathematical sense, is a *yes-no* object; any given object either definitely belongs to S or definitely does not belong to S, if S is a set. But words in a natural language are not generally *yes-no*: there are things of which the description *true* is clearly false, to be sure, but there are a host of borderline cases. Worse, the line between the clear cases and the borderline cases is itself fuzzy.

Cada uno de los términos de una lengua se concibe como un conjunto borroso, una clase que engloba distintos ejemplares, por lo que esos términos pueden aplicarse con mayor propiedad a unos objetos que a otros. Con la pretensión de reflejar aspectos fácticos en la organización semántica del lenguaje, H. Putnam parte de que todas las actividades humanas están reguladas por un poderoso principio de reparto y especialización del trabajo. Al considerar el lenguaje en su dimensión comunicativa, se advierte que en el proceso de “contar” el mundo, de verbalizar las actividades que en torno a él se generan, aparecen diferencias semánticas de importancia, dictadas por el grado de conocimiento que el hablante posea de la realidad. El significado de una palabra se consigue por medio de una definición ostensiva que señale su área de aplicación; o bien con descripciones que, además de contar con algunos rasgos semánticos, remiten a un *estereotipo*. Los hablantes poseen únicamente un conocimiento estereotipado del mundo, esto es, un cierto grado de certeza sobre las peculiaridades más o menos notorias de los objetos. De hecho, no precisan un *conocimiento de experto* sino que, para ser considerados miembros de la comunidad lingüística, les basta con conocer el estereotipo conectado a cada categoría semántica. El término ‘*agua*’ en español se usa habitualmente para identificar un líquido incoloro, inodoro e insípido, aunque en contextos especializados posea una denotación parcialmente diferente, la de un líquido cuyas moléculas constan de dos átomos de hidrógeno y uno de oxígeno. H. Putnam opta por proyectar el significado de cada palabra

sobre una sucesión infinita o vector, donde se ubican esos diferentes grados en el conocimiento de la realidad. Además de rasgos sintácticos y semánticos de carácter general, el vector contiene algunas propiedades estereotipadas que los hablantes de una comunidad comparten con un grado de acuerdo máximo. Por fin, el significado se completa con ciertas extensiones del término, propias de contextos específicos y que apenas aprecian un grupo experto de hablantes.

RASGOS SINTÁCTICOS	RASGOS SEMÁNTICOS	ESTEREOTIPO	EXTENSIÓN
Nombre de masa Concreto	Clase natural Líquido	Incoloro Transparente Insípido Calma la sed	H <sub>2</sub> O  (con o sin impurezas)

Un estereotipo es, entonces, un conjunto de datos relativos a la aplicación de un término y establecidos socialmente. Pero la *división del trabajo lingüístico* es bastante parcial. Al reconocer la labor del experto, el lenguaje debe considerar en su desarrollo los descubrimientos científicos o técnicos. Y, evidentemente, la categorización lingüística se ve determinada, más que por el estado de las ciencias, por requisitos comunicativos y psicológicos. El papel del experto puede estar interfiriendo con el verdadero significado de uso de las palabras.

### 2.3. Valor de los antecedentes para la noción de *Prototipo*

En conclusión, ninguno de los antecedentes considerados puede ser relevante desde una perspectiva lingüística. Se trata en ambos casos de modelos realistas del significado, que pretenden alcanzar la designación de los términos y no las relaciones abstractas que éstos mantienen. Es, precisamente, ese apego a la impronta referencial el factor que los inutiliza para canalizar significados de lengua.

La aportación de L. Wittgenstein se reduce a acuñar una serie de nociones (*lenguaje privado, juegos de lenguaje, aire de familia*) que por su plasticidad aparecerán recurrentemente en el pensamiento contemporáneo.

Pero su falta de concreción perjudica una propuesta, por otra parte, sugerente; al final esas nociones son tan amplias que lo evocan todo sin comprometerse a nada. En una dirección similar, la diferencia de H. Putnam entre *significado cotidiano* y *significado de experto* revolucionaría el panorama fosilizado de la Semántica referencial para recoger la capacidad lingüística con que el hablante afronta el mundo, una idea con ciertas resonancias chomskyanas pero que, por lo demás, no mejora la capacidad descriptiva de una teoría semántica. En otro sentido, la noción de *prototipo* parece independiente de los juegos del lenguaje propuestos por L. Wittgenstein o del estereotipo sociológico de H. Putnam. Con referencia a los primeros, cabría decir que el parentesco que media entre los distintos ejemplares no sirve para organizar una categoría semántica. De hecho L. Wittgenstein no proporciona indicación alguna sobre la ordenación de esos ejemplares, aunque es presumible que la articulación de las categorías semánticas deba partir de los más destacados. La Teoría de prototipos manejará el concepto de *similaridad* para explicar de modo coherente la ausencia de requisitos firmes pero pretender, como es habitual, que el aire de familia sea un antecedente de la similaridad parece excesivamente simplificador. Si se admitiera como tal, todas las posturas sobre la categorización estarían ligadas porque hasta los planteamientos discretos más estrictos manejan algún tipo de similaridad para cohesionar los miembros de las clases; una similaridad resultante de compartir determinados atributos. Los modelos no-discretos tendrán que ensayar otras tentativas de definición para no caer en requisitos de cumplimiento obligatorio por todos y cada uno de los miembros.

Las relaciones entre el estereotipo de H. Putnam y el prototipo no son más estrechas. Mientras que el estereotipo describe convenciones sociales y, en este sentido puede servir como guía a la Sociología del lenguaje, los prototipos tendrán, como veremos, un alcance bastante más amplio y la pretensión de erigirse en principios psicológicos de economía conceptual que influyan en la categorización semántica. L. Wittgenstein y H. Putnam representan un cambio de postura en la tradición del pensamiento occidental y pueden verse, desde una perspectiva general, como la simiente de los tratamientos no-discretos pero a ambos intentos les falta coherencia

y profundidad lingüística. La intuición, en sí misma, no asegura el progreso de las disciplinas.

### 3. En busca de universales biológicos

La búsqueda de universales lingüísticos choca a lo largo de este siglo con la llamada *hipótesis de Sapir-Whorf*, que subraya la arbitrariedad de las soluciones idiomáticas<sup>3</sup>. Cada sistema impondría al flujo de percepciones de los hablantes sus propios moldes, así que la posibilidad de encontrar fundamentos comunes para los repartos efectuados por las distintas lenguas se pone en entredicho. Más aún, las comunidades humanas poseen visiones del mundo diferentes porque sus lenguas condicionan la realidad como algo dispuesto a ser contado: el lenguaje disecciona la naturaleza con decisiones arbitrarias, que luego son irreductibles. Toda comparación es vana.

Esta noción de relatividad lingüística se cuestiona desde la Antropología del lenguaje, que aporta evidencias empíricas en sentido contrario. Los pioneros en esta dirección, B. Berlin y P. Kay (1969), estudiaron un campo léxico determinado, el de los términos que expresan color, sobre veinte lenguas, enriqueciendo luego ese corpus con la información de setenta y ocho lenguas más. Siguiendo su hipótesis, todas esas lenguas deben de compartir un mismo sistema de categorización porque, al menos los colores considerados básicos, poseen una denominación específica en todas ellas. Varios años después, P. Kay y C. McDaniel (1978) incidirían en la consideración del color como ejemplo paradigmático de la vigencia de universales semánticos de base biológica. Contra la tradición precedente, la relatividad semántica en las lenguas quedaba abiertamente rechazada.

---

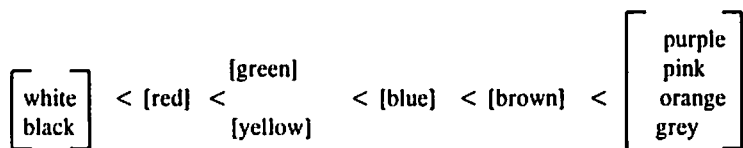
<sup>3</sup> En realidad, la hipótesis de relatividad de los universales quizá pueda atribuirse a B. Whorf (1945), para quien el lenguaje era un instrumento dedicado a clasificar la naturaleza a partir de sus propios *criptotipos* o unidades subyacentes que se imponen a la realidad. Pero por lo que respecta a E. Sapir, parece bastante más difícil defender su negativa a los universales, ya que este autor simplemente indica (1921:117;126) que las divisiones de tipo universal poseen distintas respuestas en las lenguas pero su quehacer puede considerarse fuente básica en la corriente tipológica contemporánea.

Las aproximaciones “clásicas” al significado practicaban, según hemos visto, análisis componenciales a través de los cuales el conjunto de términos que cubren un campo léxico se segmentan en rasgos mínimos —los *semas* del Estructuralismo o los *marcadores* de la versión generativa de J. Katz y J. Fodor—. Por supuesto, los términos que designan color no se someten bien a este tipo de estudio puesto que no parece posible estipular los rasgos mínimos por los que ‘rojo’ se opone a ‘verde’ o a ‘azul’. La idea de que el significado se articula en sistemas cerrados y en perfecta oposición choca con esta cara de la realidad. De hecho, si se aplicasen relaciones binarias, que estableciesen sinonimias o antonimias se observaría que todo intento de definición de este tipo fracasa porque el español ‘*amarillo verdoso*’ o el inglés ‘*yellowish green*’, por ejemplo, no son términos autocontradictorios, como se podría deducir de semejante tratamiento, sino que designan el color de algo que es en parte amarillo y en parte verde. Por otro lado, parece evidente que algunos campos semánticos, como éste, conocen una gradualidad intrínseca, pues existen en todos los sistemas procedimientos para denotar variaciones cromáticas. Esa gradualidad se expresa añadiendo especificaciones adicionales a una categoría básica —‘*verde claro*’, ‘*verde oscuro*’— o con el uso de algún modificador que limite su significado e indique la medida en que el término de color se desvía del ideal —‘*una especie de verde*’—. En ocasiones es posible indicar también el sentido que adopta la desviación: ‘*verdemar*’, ‘*verde botella*’, ‘*verde oliva*’ o ‘*verde esmeralda*’ no son buenos ejemplos de verde porque incluyen otros matices cromáticos.

Desde la perspectiva antropológica que nutre estos trabajos, resultan especialmente significativos *los colores básicos*, a los que la visión humana se muestra especialmente perceptiva y en torno a los cuales gira la variabilidad cromática. En busca de su contrapartida lingüística, estos autores seleccionan *términos básicos* de color. Se trata de formas monolexémicas —a diferencia de ‘*verdinegro*’—, cuya significación no está incluida en ningún otro término —a diferencia de ‘*escarlata*’ que designa un tipo de rojo—, que no se ven restringidos en su aplicación a una clase de objetos —como ocurre con ‘*rubio*’— y, además, son relativamente sobresalientes, según se desprende de su alta frecuencia en el discurso. Con esta



acotación inicial, el trabajo de B. Berlin y P. Kay confirma la enorme variabilidad de las lenguas y aún de los usos que distintos hablantes hacen del mismo sistema a la hora de trazar límites entre dos términos que denoten color. De igual modo, dos matices cromáticos pueden ser categorizados como un solo color por los hablantes de una lengua y, en cambio, como colores distintos por los de otra. Pero toda esta variabilidad desaparece si se pide un buen ejemplo de determinado color. En otras palabras, aunque sea difícil señalar si un objeto “todavía” es verde o “ya” ha entrado en la esfera del azul, la coincidencia es muy fuerte si se trata de proporcionar un buen ejemplo de verde. La gradualidad se ve así poderosamente limitada por la *Focalidad* o evidencia de algún ejemplo inequívoco del entorno categorial. En los límites de cada color prevalece cierta ambigüedad, que permite a los hablantes determinar el grado de pertenencia de cada ejemplo con cierta libertad, pero al final la categoría se fundamenta en unos límites muy definidos que no traspasa nunca y que actúan como focos de categorías de color contiguas. A partir de aquí, comprobaron que, en las noventa y ocho lenguas que manejaban, los términos básicos procedían de un inventario de sólo once *colores focales*, que dispusieron en ordenación jerárquica. La relación “ $a < b$ ” supone la prelación de  $a$  sobre  $b$ , esto es,  $a$  aparece en todas las lenguas que contengan un término  $b$  —y también en algunas que no lo contienen—, mientras que no se puede operar en sentido contrario (1969:4):



Si una lengua tiene un solo término básico de color, éste ha de designar, forzosamente, el blanco o el negro y, si tiene dos, a ambos. La posibilidad de un tercer color aboca irremediabilmente al rojo. Con un cuarto color se trataría de amarillo o verde, y así sucesivamente. La Focalidad se convierte en un requisito formal muy poderoso para basar los prototipos, ya que acota lo que de otro modo sería una continuidad sin extremos. La psicóloga E. Rosch (E. Heider 1972) refinó su validez sometiéndola a

pruebas de verificación de las que esta propiedad salió suficientemente reforzada: los seres humanos reconocemos con mayor rapidez los colores focales y aprendemos sus nombres, en la lengua que corresponda, antes que los términos no-focales, pues son cognitivamente más destacados. El asunto conecta con cuestiones de percepción. La luz estimula ciertas células de la retina especialmente sensibles a las diferentes longitudes de sus ondas, con lo que cada estímulo distinto registra una respuesta ya diferenciada en el sistema nervioso visual. Una vez procesada la señal física, la percepción se convierte en un proceso psicológico; el cerebro asocia cada elemento de la gama cromática a una imagen natural, y el rojo se asimila al “color de la sangre”, el azul al “color del cielo”.

La categorización humana no es, por tanto, tan arbitraria como el Estructuralismo había imaginado, ni puede explicarse como mero producto del aprendizaje. De entrada, los términos de color no componen sistema alguno, pues la referencia de un término focal de color es independiente de la adición de un nuevo término para expresar determinado matiz. Ese nuevo término se ubicaría en la periferia de la categoría, dejando inalterado el foco central. Además, en la formación de las categorías lingüísticas puede haber —como se ha demostrado en el campo cromático— otros factores de influencia perceptuales, cognitivos y también ambientales porque cuanto más importante sea culturalmente un color, mayor tendencia mostrará a reflejarse en las lenguas, de modo que las diferencias lingüísticas corresponden en alguna medida a diferencias del mundo externo.

Si B. Brent y P. Kay (1969) proponían la noción de focalidad y la motivación externa de las categorías, P. Kay y C. McDaniel matizarán aquella primera intuición, señalando algunos desaciertos<sup>4</sup>. En la jerarquía representada, el primer estadio ordenaba los colores claros en torno al foco del blanco y los colores oscuros alrededor del foco del negro, de modo que la extensión de los términos ‘blanco’ y ‘negro’ cubría la totalidad del espacio cromático. Pero en las lenguas en que se reconociera el segundo es-

---

<sup>4</sup> R. Taylor (1990:12-3) también objeta que estos experimentos pudieran haber sido distorsionados por las informaciones de hablantes bilingües, así como por el origen exclusivamente bibliográfico de la información de algunas lenguas. Del mismo modo, señala la existencia de lenguas con otros colores básicos.

tadio, ocupado por el 'rojo', los términos 'blanco' y 'negro' ya no significarían algo del tipo de 'claro' y 'oscuro', sino que tendrían una extensión más reducida. En otras palabras, las extensiones de los términos no son constantes en el uso de cada etiqueta. Esta dificultad se elimina introduciendo en el análisis herramientas poderosas, como los conjuntos borrosos, que ya habían comenzado a difundirse<sup>5</sup>. Una cierta ambigüedad en los límites de cada color concede a los hablantes la libertad para decidir si un ejemplar determinado puede o no designarse con una etiqueta concreta. De este modo, cada categoría básica de color se contempla como un conjunto borroso, cuyos elementos proceden de la gama general de colores que el hombre puede percibir. Con focos y límites definidos sólo se reconocían tres grados de pertenencia a cada categoría cromática, esto es, un término que designase color podía ser un miembro focal de la categoría que representaba, un miembro no-focal, o bien no ser miembro en absoluto. Se trataría de una variante, en este caso, trivalorada, de los modelos discretos y, por tanto, igualmente insuficiente. El asentamiento de herramientas no-discretas permite valorar los datos del espacio cromático sobre una continuidad gradual y no con un número finito y reducido de estadios.

#### 4. La revolución roschiana

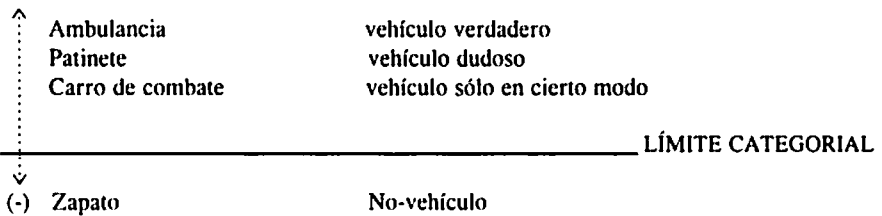
Una *ambulancia* es, con toda seguridad, un vehículo. Pero si se nos pidiera opinión sobre la aceptabilidad de considerar vehículo un *patinete*, la duda sería razonablemente mayor. Y de un *tanque* o de un *carro de combate* sólo nos atreveríamos a decir que son vehículos en cierto modo. Las respuestas son escalares porque probablemente no todos los miembros de la clase de los vehículos gocen del mismo estatus. Al basarse en criterios

---

<sup>5</sup> La teoría de conjuntos borrosos es un formalismo matemático desarrollado a partir de los trabajos de L. Zadeh (1965, 1984) que se ha convertido en una alternativa a los análisis cuantitativos exactos. En términos generales, se trata de una ampliación de la teoría clásica de conjuntos que trabaja con clases abiertas, cuyos miembros ya no pertenecen o no decididamente al conjunto, sino que pertenecen a él en cierta medida. Su objetivo se centra en proporcionar herramientas para algunos tipos de investigación que no reclaman una alta precisión numérica. Para más detalles *vid.* T. Moure (1993).

firmes, la perspectiva discreta era tajante con respecto a la condición de miembro pero, una vez resuelta, los individuos incluidos en una clase adquirirían el mismo rango. La Teoría de prototipos nace en cuanto se formula explícitamente la presencia de un espacio continuo para graduar el salto de una a otra categoría y para estructurar el interior de cada una de ellas.

(+)            PROTOTIPO DE VEHÍCULO



Lejos de su anterior uniformidad, las categorías se ven dotadas ahora de cierta organización interna, con un foco ocupado por los ejemplares más representativos y una periferia indeterminada, donde cabe mayor heterogeneidad. En lugar de cortes bruscos, la comparación de los miembros de cada clase permite ordenarlos por su similaridad con el ejemplar que actúa como foco. De este modo, las categorías no se constituyen ni se interpretan a partir de un número determinado de propiedades específicas y constantes, comunes a todos sus miembros, sino sobre su parecido con ciertos ejemplares óptimos, como la ambulancia en el caso de los vehículos. Desde ese foco central, la categoría se expande por la acción de diferentes fuerzas para albergar en su interior individuos originalmente ausentes de su caracterización. Es evidente que esta capacidad de introducir nuevos elementos en la categoría contribuye a su plasticidad, y asegura que sus límites hayan de ser borrosos por fuerza pero, además, hace del prototipo un concepto idóneo para el estudio del lenguaje. Las primeras formulaciones de la teoría permiten que confluya bajo la común etiqueta de *prototipo* una idealización confeccionada por los criterios definitorios y el ejemplar que se ajusta en mayor medida a ese ideal. Caen así en el error de denominar prototipo al conjunto de rasgos que identifican el

vehículo y a uno de sus ejemplares destacados; por ejemplo, a la ambulancia. En palabras de E. Rosch (1978:36):

By prototypes of categories we have generally meant the clearest cases of category memberships defined operationally by people's judgments of goodness of membership in the category.

Posteriormente, el concepto evoluciona y se convierte en una combinación de propiedades que no precisan actualizarse conjuntamente; un modelo cognitivo del que pueden aducirse ejemplares más o menos representativos, confeccionados sobre las propiedades típicas, según indican L. Coleman y P. Kay (1981:27):

[...] a semantic prototype associates a word or phrase with a prelinguistic, cognitive schema or image; and [...] speakers are equipped with an ability to judge the degree to which an object (or, if you prefer, the internal representation thereof) matches this prototype schema or image.

Con esta modificación se resuelve el problema de la existencia de varios ejemplares igualmente idóneos, como *ambulancia* y *camión* en el ejemplo anterior, y se eliminan los rasgos individuales que no sean pertinentes para la definición de la categoría en conjunto, por ejemplo, el transporte de enfermos o heridos, característico de la ambulancia y que no puede tomarse en cuenta para definir la totalidad de la clase. Se trata, pues, de ordenar las propiedades en términos de importancia relativa para luego insertar cada ejemplar en el lugar oportuno, en función del número y calidad de los requisitos que satisfaga<sup>6</sup>. La categorización no se basa ya en la posesión de atributos idénticos, sino en el grado de similaridad con el mejor ejemplar de la categoría, su representante o prototipo. La hipó-

---

<sup>6</sup> Esta evolución es vista por E. Coseriu (1990:244) como una vuelta al modelo estructural porque los prototipos se definen por el cumplimiento de una serie de propiedades ordenadas. Creo, más bien, que se trata de una vuelta a modelos idealistas en Semántica sobre los propiamente realistas pues, como esas propiedades no requieren un cumplimiento obligatorio y suficiente, las diferencias con la categorización clásica parecen a salvo.

tesis implica que la categoría tiene una estructura interna, de modo que el prototipo es la entidad central alrededor de la cual se organizan todas las demás. Los distintos ejemplares presentan una relativa similaridad a ese prototipo; por eso los más próximos ocupan el centro de la categoría y los más alejados su periferia, como indica E. Rosch (1975:544):

Categories are not—as many research traditions in psychology, linguistics, and anthropology imply—logical, bounded entities, membership in which is defined by features, in which all instances possessing the criterial attributes have a full and equal degree of membership. Rather, natural categories are internally structured into a prototype (clearest cases, best examples) of the category with non-prototype members tending towards an order from better to poorer examples.

A pesar de sus orígenes psicológicos y de su pretensión de convertirse en una teoría general de la categorización, la Teoría de Prototipos, desde sus primeras formulaciones, atiende con especial énfasis al lenguaje. Ya E. Rosch (1973) destacaba, en contra de la práctica habitual en Lingüística, que las categorías del lenguaje no están necesariamente compuestas de atributos simples sino que, al contrario, en casi todas ellas se percibe la posibilidad de hallar ejemplares más destacados que otros. Sus experimentos demostraban la vigencia de colores y formas perceptualmente más destacados que otros estímulos del mismo tipo<sup>7</sup>. Pero, la evidencia no queda confinada a esa dimensión cognitiva, sino que evoluciona destacando que, al aprender los nombres de categorías, se fijan en primer lugar los de aquellos ejemplares que actúan como estímulo. Por un lado, los niños de corta edad se orientan a los colores focales con preferencia sobre los no-focales; por otro, incluso los individuos de culturas que no han desarrollado conceptos de forma o color —como los dani de Nueva Guinea, cuya lengua carece de los términos de color básicos— pueden aprender los nombres de los ejemplares focales con mayor facilidad.

---

<sup>7</sup> Esos colores más destacados coinciden con las áreas del espacio cromático que B. Berlin y P. Kay (1969) cifraron como ejemplares de los nombres básicos de color en diferentes lenguas y con las formas ideales manejadas por la escuela psicológica de la Gestalt.

Incluso al amparo de esta abundante base experimental, el progreso de la Teoría de prototipos no fue fácil. La llamada *revolución roschiana* —en homenaje al compromiso asumido por la psicóloga norteamericana E. Rosch en la defensa de estos temas— asienta una orientación excesivamente dispersa. La bibliografía sobre prototipos es tan abundante como contradictoria y sus defensores no parecen encontrar ni un solo terreno que se resista a enfoques graduales. Como la tarea de sintetizar sus avances engloba diferentes disciplinas y técnicas, bastará con dar algunas pinceladas orientadas a aspectos que resultarán básicos para el desarrollo de una lingüística *cognitiva*.

#### 4.1. La expansión del prototipo

Si el prototipo es el mejor ejemplar de una categoría, el más representativo, habrá que aceptar su ubicación en el centro físico de un espacio categorial poblado por otros miembros, lógicamente menos destacados. Así que la categoría se desarrollará extendiendo sus bordes naturales desde el ejemplar prototípico, que la representa a la perfección, hasta otras entidades que se asemejan a él en algún modo. La expansión desde el foco a la periferia es un rasgo central del prototipo.

Los psicólogos han destacado el papel de la similaridad perceptual en la conformación de categorías, esto es, el parentesco entre los ejemplares se establecería por rasgos objetivables o, al menos, por la impronta que en la mente humana éstos pudieran ejercer. Así, los pingüinos entran en la clase de los pájaros por su parecido morfológico con representantes prototípicos —como los gorriones— aunque no cumplan algún requisito, como la capacidad de volar. Pero, según indica C. Brown (1989:21-2), la categoría de los pájaros engloba también a los murciélagos sin que esa inclusión esté basada primariamente en una similaridad perceptual sino de conducta; esto es, en el hecho de que tanto los gorriones como los murciélagos vuelan<sup>8</sup>. La expansión de una categoría hasta albergar ejempla-

---

<sup>8</sup> Nótese que, a diferencia de la clase de las aves, la de los pájaros no es una clase científica sino una mera taxonomía popular. De ahí que incluso un murciélago, aún siendo mamífero, pueda considerarse un “pájaro” más o menos prototípico. Por supuesto, un murciélago nunca sería un ave.

res diversos, alejados del foco o ejemplar prototípico puede basarse entonces en relaciones diferentes a la pura similaridad. Cabe esperar que la incorporación de los prototipos a distintas disciplinas engrose la similaridad con otro tipo de factores, derivados del objeto de estudio que en cada caso proceda. En la expansión de las categorías lingüísticas, por ejemplo, hay que contar con recursos propios del lenguaje como la metáfora y la metonimia. Estas traslaciones de significado explican que el término '*bird*' en inglés, además de aplicarse a distintos individuos emparentados por sus características morfológicas, genéticas o conductuales, denote en ciertos registros el significado *mujer joven*, tras un juego creativo de traslación. Evidentemente, la metáfora y la metonimia no conforman categorías naturales o psicológicas pero sí categorías lingüísticas pues los fundamentos icónicos del lenguaje no resultan ajenos a su sistemática.

#### 4.2. El conocimiento enciclopédico

La Semántica estructural, de la que E. Coseriu es sin duda el exponente más destacado, insiste en la necesidad de que toda aproximación al significado desde la perspectiva lingüística se halle libre de contaminaciones externas. El estudio del significado —como el del significante— se ocupa de la organización interna de las unidades en un sistema autónomo, donde todas ellas mantienen un equilibrio definido por oposiciones más o menos complejas, y no por el conocimiento aportado por la cultura, el sistema de creencias del gramático o los acontecimientos del mundo que éste pueda conocer. Se trata, por usar la expresión de H. Putnam, de un conocimiento de experto, del que se rechaza explícitamente todo lo que el lexicógrafo conoce por su condición de hablante en unas coordenadas sociales y temporales concretas. Sin embargo, la veta antropológica y cognitiva que reacciona contra esa excesiva introspección de la Semántica léxica descubre sistemas de discriminación de clases diferentes, con el deseo al fondo de captar una base cultural compartida por los hablantes de cada comunidad lingüística. Para la selección de los rasgos típicos no se excluyen los ingredientes extralingüísticos porque algunas propiedades de los objetos se conocen por la experiencia y no dejan por ello de ser muy representativas. Evidentemente, sí concierne a la Lingüística el estudio del significado procedente de creencias, presuposiciones o recuerdos personales



pero eso no debe hacernos olvidar que el camino es peligroso. En una Semántica que prescinde de propiedades necesarias y suficientes resultará perjudicial dar carta de protagonismo a significados que no son lingüísticamente pertinentes, aun cuando puedan ser muy relevantes.

#### **4.3. Los rasgos definitorios**

Una de las objeciones que más reiteradamente se han esgrimido contra la Semántica de prototipos es el manejo de propiedades definitorias que podrían actuar como los requisitos absolutos de la tradición discreta. Sin embargo, la crítica es débil y poco constructiva. Los prototipos pretenden una alternativa al manejo de requisitos necesarios y suficientes, nunca a la analizabilidad misma. Obviamente, las propiedades en sí mismas son indispensables para la organización interna de cualquier sistemática. El cambio es más sutil y pasa por aceptar que ninguna propiedad será observada necesariamente por todos los miembros de una categoría ni bastará con la detección de una sola diferencia para sustentar una oposición rígida (G. Kleiber 1988:30). En previsión de posibles discordancias, ya L. Coleman y P. Kay (1981:43) aclaraban el rango de esa lista de propiedades:

In some cases, a prototype can be represented by a list of conditions; but these are not necessary conditions, and the evaluative logic according to which these conditions are found to be satisfied, or not, is in general one of degree rather than of simple truth and falsity.

Pero, con planteamientos tan amplios acabará siendo imprescindible algún tipo de límite con que acotar las categorías y sus posibilidades de expansión. De ahí que el cumplimiento de ciertas propiedades resulte imprescindible. En esta línea, A. Wierzbicka (1985, 1989) ha propuesto algunas restricciones para evitar el abuso que se ha venido haciendo de los prototipos. Ante la falta de rigor que observa en los desarrollos más recientes, la autora sugiere una línea híbrida, que desautoriza cualquier crítica a la excesiva contingencia de las visiones intuitivas (1989:358):

Boundaries do exist, and they have been drawn differently in different languages, and native speakers subconsciously know them and respect them. One feature

which separates the concept of 'game' lexically encoded in German, is the idea of rules [...] If features like these are not identified and clearly stated, cross-linguistic lexical research cannot succeed.

La prototipicidad resulta de la percepción humana en el color, las formas geométricas o la orientación espacial, pero también de la frecuencia de los ejemplares, de su carácter básico en el aprendizaje, de su notabilidad social o cultural o, por supuesto, de la posesión de la totalidad de los atributos definitorios. Es cierto que rara vez las categorías lingüísticas se muestran propicias a una categorización nítida, con ejemplares provistos de los rasgos esperables en su clase y sólo de ellos pero la posibilidad de que esto ocurra tampoco se excluye por definición.

#### 4.4. Las desviaciones de los prototipos

El concepto de *desviación* del prototipo reclama mayor atención de la que habitualmente se le concede. Si asumimos que las clases carecen de fronteras nítidas o de propiedades definitorias que resuelvan tajantemente su condición de pertenencia, no podemos denominar "desviación" a los elementos marginales, a menos que pretendamos justamente una caracterización discreta. Las desviaciones de las categorías se encuentran, más bien, en los ejemplares que las degeneran, es decir, que se incluyen claramente en ellas aun cuando no les correspondan sus requisitos definitorios. Y ello porque, además de criterios definitorios de cada categoría, hay que contar con rasgos característicos de la misma pero incidentales, que no establecen rígidamente la condición de miembro aunque contribuyan a su medida. Por este camino, G. Lakoff (1972) veía posible sistematizar incluso los significados metafóricos.

- esp.:    3a)        *Juan es un pez*  
           3b)        *Las vacas son, en cierto modo, pájaros*

Una cláusula como (3a) no es descabellada ni imposible de captar en una semántica formal; simplemente alude a la identificación del individuo

'Juan' con rasgos presentes en la categoría de los peces, para expresar así que es un nadador experto. Como ha notado con acierto J. Garrido Medina (1988:118) algunos hablantes podrían considerar verdadero incluso un enunciado del tipo de (3b). El asunto se relaciona con las estrategias de interpretación: el hablante tiende a aceptar cualquier traslación de significado con tal de entender a su interlocutor. Para dar por válido el enunciado (3b) basta considerarlo una especie de comparación matizada y encontrar, luego, una dimensión del significado de 'vacas' que permita la comparación con 'pájaro' —*Las vacas son como pájaros; las vacas revolotean por los prados* (J. Garrido Medina 1988:118)—. Las vacas estarían actuando como una desviación de la categoría de los pájaros; no como un ejemplar marginal de la misma. En consecuencia las desviaciones de las categorías lingüísticas se cifrarán en aquellos ejemplares cuya caracterización no responde a la codificación que revisten. Utilizando ejemplos gramaticales, un representante prototípico de la categoría agente es un participante animado que controla una acción. Cuanto menos animado sea o menos capaz resulte de verificar ese control, más se alejará del foco de la categoría para internarse en la periferia. Pero, al margen de esta escala de adscripción en ejemplares más o menos centrales/más o menos periféricos, la desviación de la categoría agente surge cuando algún participante que, por naturaleza, no se aviene bien con esta clase se expresa como si se tratara de un miembro más de la categoría:

esp.:

- |                                      |                                   |
|--------------------------------------|-----------------------------------|
| 4a) <i>Juan cortó un árbol</i>       | AGENTE PROTOTÍPICO                |
| 4b) <i>La máquina cortó el árbol</i> | AGENTE NO-PROTOTÍPICO             |
| 4c) <i>Juan vio a María</i>          | DESVIACIÓN DE LA CATEGORÍA AGENTE |

El sujeto de (4a) es un agente prototípico, esto es, una entidad físicamente discernible que, en virtud de su animación, controla la acción de cortar. En cambio, (4b) es un agente no-prototípico que por su escasa animación no puede detentar control alguno sobre ese proceso. Pero la verdadera desviación de la categoría agente se encuentra en ejemplares inesperados, como (4c), que no responden a los criterios básicos con que se definió la clase. En este caso, por ejemplo, el sujeto se asimila a los

agentes prototípicos aunque, de hecho, no se trata de uno de ellos, ya que 'ver' no es una actividad que el agente pueda transferir al paciente. La desviación respecto de la transitividad prototípica se deja sentir con mayor notoriedad en el paciente que adopta por ello la forma preposicional.

## 5. La introducción de prototipos en Lingüística

### 5.1. Prototipos y Lexicografía

No todos los terrenos son idóneos para el enfoque categorial del prototipo. Las investigaciones en esta línea dedican especial atención a los fenómenos de percepción, la clasificación de especies naturales o de artefactos. En otros dominios el tratamiento fue deficitario y los análisis multiplicaron innecesariamente el modelo, llegando a sobrepasar ampliamente sus posibilidades. En su incursión lingüística, la teoría de prototipos se vuelca sobre la Lexicografía que concibe como una faceta específica del problema general que le compete: la categorización. Según se ha podido apreciar, sus argumentos giran en torno a la incapacidad para aprehender los significados de las palabras desde rasgos semánticos necesarios y suficientes. Ante aproximaciones que definían la forma '*bachelor*' — '*soltero*'— mediante tres atributos: [varón], [adulto] y [no-casado], C. Fillmore (1975) señala la existencia de ciertos individuos a los que la palabra no se aplica aunque satisfagan los rasgos, como el Papa. No obstante la crítica de C. Fillmore puede ser asumida sin adoptar su prototipo socio-cultural de '*soltero*' como el significado de esa forma léxica. De entrada, este autor identifica una técnica particular de descomposición en primitivos con toda la Semántica precedente, lo cual no es exacto<sup>9</sup>. Además, sólo demuestra la inadecuación de ciertos atributos. Si, en vez de [no-casado], utilizara un rasgo más complejo, del tipo de [*que pudiendo casarse no lo ha hecho o ha dejado de hacerlo*] (E. Coseriu 1990:255), el análisis sería atinado y no por ello habría cambiado la técnica.

---

<sup>9</sup> Si la semántica estructural practicó descomposiciones como ésta, lo hizo residualmente. Así, frente al análisis de B. Pottier (1965) que participa de un mismo interés analítico, la trayectoria de E. Coseriu es bastante más rigurosa.

En otra famosa aplicación de los prototipos, L. Coleman y P. Kay (1981) defienden que el significado intuitivo del verbo inglés '*to lie*' — '*mentir*'—, algo así como *no decir la verdad*, resulta insuficiente, puesto que los hablantes no aplican esta forma en caso de mentiras inocentes o errores involuntarios ni en discursos metafóricos. Su estudio les lleva a considerar tres atributos simultáneos: [*falsedad del discurso*], [*conocimiento por parte del emisor de esa falsedad*] e [*intención del emisor de engañar a su interlocutor*]. La noción de prototipo sugiere que los discursos que cumplan los tres requisitos definitorios sean considerados mentiras con toda seguridad, mientras que la falta de uno solo de ellos reduciría considerablemente la certeza de esa asignación. Al tiempo, habría que reconocer la posibilidad de que algunos discursos no fueran juzgados mentiras aunque contuviesen alguna de las características indicadas, como ocurre en las mentiras de cortesía. L. Coleman y P. Kay (1981:37) insisten en diferenciar las propiedades netamente lingüísticas de otras, probablemente importantes desde diferentes perspectivas, pero lingüísticamente irrelevantes, que desempeñan una función bien diferente en la determinación del significado. Por ejemplo, el carácter moralmente reprehensible de la mentira es una característica del acto de mentir, aunque no-prototípica puesto que no desempeña ningún papel en el significado de '*to lie*'. Pero desde el punto de vista léxico, '*mentir*' significa *no decir la verdad*; la falsedad objetiva del discurso o la intención del hablante forman parte de las condiciones objetivas del mundo o del código moral de una sociedad, no de su lengua. L. Coleman y P. Kay podrían llegar a demostrar justamente lo contrario de lo que pretendían; que es factible un análisis discreto del significado.

En conclusión, la Semántica estructural no tenía en cuenta la constitución de categorías o, en todo caso, las consideraba clases homogéneas. Los prototipos van a reemplazar esa visión rígida por una concepción de las clases hecha de límites borrosos y transiciones graduales. Con el tiempo, se descubrirá, además, que el lenguaje crea sus propias categorías, distintas a las del mundo real. Por eso a la clase de los pájaros los hablantes de muy distintas lenguas le otorgan una propiedad —la capacidad de volar— que está ausente de algunos de sus ejemplares. A cambio de este

progreso, los prototipos incorporan un defecto propio de las aproximaciones realistas o referenciales: no atender a los contenidos de lengua, sino a los objetos y clases del mundo real. Como ha señalado E. Coseriu (1990) en una brillante y aguda crítica a las aplicaciones léxicas de los prototipos, el problema que se pretende resolver es el de la constitución de las categorías objetivas; no un problema lingüístico ni semántico. En opinión de este autor (1990:277), la gradualidad categorial puede aparecer en las cosas designadas, no en los significados lingüísticos<sup>10</sup>:

Porque lo importante, desde el punto de vista lingüístico, es que, aun para advertir y declarar que las especies naturales no son fijas, que hay pasos de una especie a otra, y que las clases de cosas interfieren entre sí y son graduales y heterogéneas, hay que disponer de nombres de significado discreto y homogéneo.

En síntesis, los prototipos se irán empobreciendo por atender sólo aspectos léxicos y de modo bastante parcial. Si se tratara de una verdadera propuesta sobre la categorización del significado, incluiría bajo su alcance unidades superiores a la palabra. Sólo con una ampliación que modifique su impronta cognitiva el modelo podrá dar cuenta de los fenómenos gramaticales. En los últimos años la noción de *prototipo* se ha expandido de hecho desde la Lexicografía<sup>11</sup> a la Gramática donde ciertos fenómenos, tradicionalmente considerados prístinos, comienzan a ser descritos con mayor productividad desde una óptica no-discreta basada en la prototipicidad categorial. Tal es el caso de los cuantificadores y las reglas gramaticales (G. Lakoff 1972), la transitividad (P. Hopper y S. Thompson 1980, T. Givón 1986), el reparto de los demostrativos (C. Fillmore 1982) o las clases de palabras (P. Hopper y S. Thompson 1984). Con categorías

<sup>10</sup> Los casos marginales son para E. Coseriu (1990), ejemplos atípicos distintos de los usados por la semántica prototípica: fijaciones en el plano de la norma, casos de discurso repetido. Las dificultades para categorizarlos son empíricas, debidas a la gran variedad de casos y no a las limitaciones del enfoque analítico.

<sup>11</sup> Además de los trabajos de C. Fillmore (1975) o L. Coleman y P. Kay (1981), en Lexicografía convendría citar los experimentos de W. Labov (1973) que demuestran sobre el ámbito designativo del término inglés 'cup' la ausencia de atributos necesarios y suficientes para distinguir clases léxicas.

más flexibles, que se adaptan a una realidad cambiante, las formulaciones gramaticales pueden permitirse introducir ejemplares nuevos en clases ya configuradas. Para ellas la justificación psicológica ya no será suficiente: la mayor o menor relevancia de los ejemplares puede adjudicarse en Psicología a la importancia cognitiva o perceptual pero, de querer aplicar el modelo en los distintos aspectos de la disciplina Lingüística, habrá que contar con otros factores.

## 5.2. La integración de Prototipos y Funcionalismo

Mediante la dicotomía sustancia/forma el Estructuralismo consiguió, por primera vez, una descripción suficientemente distanciada de las realizaciones particulares con que los sistemas lingüísticos expresan sus signos. Las propiedades físicas del lenguaje, al igual que sus dimensiones cognoscitivas, quedan relegadas al papel secundario de índices materiales del código o *sustancia*. El lingüista se interesa únicamente por la *forma*, un principio de ordenación inherente a cada sistema y capaz de organizar esa materia sustancial de modo peculiar, a través de un conjunto de oposiciones bien caracterizado. A partir de aquí, la Lingüística contemporánea se fundamenta sobre dos series correlativas de términos: unidades sustanciales o *variantes* y unidades formales o *invariantes*. Las primeras son ejemplares concretos, lo que posibilita su manipulación; las segundas, en cambio, se inscriben en un nivel superior y suponen una abstracción útil para designar las clases que esas realizaciones materiales conforman. El *morfema*, por ejemplo, es una unidad abstracta, caracterizada por un significado recurrente y capaz de materializarse en distintas realizaciones o *(alo)morfos*<sup>12</sup>, dentro de una lengua determinada:

---

<sup>12</sup> Con el prefijo 'alo-', que coloco entre paréntesis, pretendo subrayar la relación mutua que mantienen estas variantes sustanciales.

esp.:

PLANO FORMAL (Invariante)	PLANO SUSTANCIAL (Variantes)
(plural)	[ -s ]
	[ -es ]
MORFEMA	(ALO)MORFOS

La estratificación entre variantes e invariantes alcanza, además, todas las divisiones de la Lingüística. En concreto, en el ámbito del sonido su introducción supuso un importante empuje. Mientras se reconoció un solo nivel, apenas se obtuvo una visión chata de la realidad en la que ni siquiera los aspectos materiales más obvios de la fonación podían ser caracterizados con el rigor debido, pues la realización fónica acababa confundida con la grafía que la representaba en la escritura. El Estructuralismo afina el producto al señalar en el fonema una invariante abstracta, sólo aprehensible a través de un haz de propiedades genéricas, que, luego, se verifica en distintas articulaciones o sonidos. En español, el fonema /b/ se caracteriza por su oposición a los demás miembros del sistema fonológico, es decir, por los rasgos de (bi)labialidad, oclusividad y sonoridad, incluso si alguna de sus realizaciones no es en absoluto oclusiva.

esp.:

PLANO FORMAL (Invariante)	PLANO SUSTANCIAL (Variantes)
(b)	[b]
	[β]
FONEMA	(ALÓ)FONOS



Aunque estratificaciones como ésta son generalmente productivas porque acotan territorios y permiten trascender las dimensiones materiales del objeto de estudio, provocan también ciertos desajustes. Llevando al extremo el planteamiento, las invariantes serían unidades de la lengua; las variantes del habla, es decir, las unidades concretas quedarían excluidas del sistema bajo el supuesto de que las lenguas son pura forma o pura estructura. Pero, si se considera el lenguaje como un instrumento de comunicación entre los seres humanos, el habla es la aplicación efectiva de ese instrumento, de modo que evitar las realizaciones concretas no resulta convincente, ya que las invariantes, por sí solas, no servirían para la comunicación.

UNIDADES DE LA LENGUA (Invariantes)	UNIDADES DEL HABLA (Variantes)
Fonemas Morfemas ...	(Aló)fonos (alo)morfos ...
Objeto de estudio lingüístico	Función Comunicativa

El reconocimiento de distintos niveles en el objeto de estudio no es exclusivo del marco lingüístico; al contrario, se trata de una práctica habitual en la investigación, cuya ventaja reside en aislar las propiedades específicas de determinado entorno sin perder de vista su integración en un conjunto más amplio. M. Bunge (1989:86) ha destacado la importancia de la noción de *nivel* en el desarrollo de los conceptos científicos y, en ese sentido, sus palabras ayudan a valorar la estrategia estructuralista:

[...] el concepto de nivel es importante porque tiene una contrapartida real y, por consiguiente, un concomitante metodológico. En efecto, si las cosas se agrupan en niveles [...], entonces los medios adecuados para estudiar cosas de un cierto nivel pueden no servir para estudiar cosas de otro nivel. En otras palabras, puesto que niveles diferentes pueden ser caracterizados por propiedades y leyes diferentes, la

investigación de cada nivel requiere métodos propios, además del método científico común a todas las ciencias.

El concepto de *nivel* no ha logrado despertar gran interés entre filósofos o científicos y, sin embargo, es fundamental en la elaboración del aparato teórico de una disciplina. En principio, *nivel* es el estadio en que se sitúan una colección de entidades que comparten alguna propiedad. Así que su aplicación en Lingüística sugiere que la estructura de los sistemas semióticos representados por las lenguas naturales ofrece un alto grado de complejidad porque grupos de unidades distintas comparten propiedades distintas. El hecho de que las unidades del lenguaje se construyan de nuevo en cada emisión y, paralelamente, la posibilidad de reconocer cada variante emitida como la “misma” invariante conlleva necesariamente la existencia de clases compuestas por multitud de entidades concretas. La base para identificar las diferentes realizaciones de una invariante descansa en la idéntica función que adquieren en el código.

La interacción entre los niveles sustancial y formal, o concreto y abstracto, en ocasiones, resulta muy fuerte. Una cláusula es una unidad concreta que se emite en contextos determinados, no de una vez y para siempre. Y, a pesar de ello, posee una dimensión abstracta, pues los mecanismos que participan en su construcción no son ya estrictamente materiales: frente a su significante fónico o su significado de uso, algo permanente debe de haber en los aspectos no estrictamente fónicos del significante o en el significado gramatical para que la cláusula cumpla su función de comunicar una información relativamente completa. Así que la primacía concedida a las unidades formales debe situarse en el lugar que corresponde. De entrada, las invariantes no pueden desligarse de las variantes que las actualizan: un fonema, pongamos por caso, no es un sonido contemplado en una posición independiente de sus realizaciones. Además, las unidades formales muestran cierta resistencia a la definición, al menos si ésta se entiende como precisión semántica. Buscando el paralelismo con otros campos, el *número* sería una unidad abstracta de la Matemática con la que se simboliza un estadio en el proceso infinito de la cuantificación. Si se acepta una caracterización de este estilo, habrá que concluir que su

valor definitorio es prácticamente nulo. En realidad, las entidades abstractas de todos los campos —y la Lingüística no ha de ser una excepción— responden a necesidades metodológicas; si recurrimos a ellas es para ganar perspectiva sobre la realidad material de que se pretende dar cuenta. Por eso su naturaleza mueve más a la identificación que a la definición. El fonema /b/ no se sujeta a definiciones porque carece de existencia real o potencial. Se trata de una invariante, delimitada por su oposición a las restantes del sistema fonológico y destinada a actualizar ciertos rasgos, justamente los que se verifican en sus realizaciones. En sentido inverso, identificamos [b] y [β] en español como variantes del mismo patrón fonológico por la existencia previa de un tipo al que remitirlas.

Las variantes, a su vez, representan todas ellas a la clase, aunque probablemente no en el mismo grado porque, al tratarse de entidades materiales, no adoptan una posición paralela o equidistante. Para evitar una multiplicación innecesaria, surge el constructo abstracto que las aglutina en torno a ciertas propiedades definitorias. Obviamente, no siempre es posible que esas propiedades incluyan todos los rasgos que conviene tener en cuenta y la selección se cierna hacia los más frecuentes o los que posean mayor poder discriminatorio con respecto a otros grupos<sup>13</sup>. Las propiedades definitorias de clase proceden, entonces, de los ejemplares concretos.

Pese a su aparente novedad, la categorización prototípica se reconoce incluso en la conformación estructural que, de hecho, no dedica la misma atención a todas las variantes de una categoría ni a todas las propiedades definitorias de los representantes que la conforman. Desde luego, una invariante, como el fonema /b/, no es el ejemplar más típico o representativo de una clase de sonidos y eso, sencillamente, porque no se identifica con ninguno de los ejemplares concretos, [b] y [β]; al contrario, es una denominación de la clase. Y si la unidad formal es abstracta, su prototipo

---

<sup>13</sup> La imposibilidad de manejar todos los atributos de una variante no debe contemplarse como un fracaso de nuestros análisis. Como la variante se realiza efectivamente en cada una de sus ocurrencias, puede poseer atributos que carezcan de funcionalidad o, sencillamente, que resulten de una realización defectuosa. En ciertas categorías, además, el número de variantes posibles dificulta un análisis exhaustivo.

ha de entenderse como la realización concreta más representativa de esa abstracción. Desde esta óptica, pueden compatibilizarse posturas absurdamente enfrentadas. Es esperable que una descripción de los hechos de lengua privilegie ciertas variantes como manifestaciones “más prototípicas” de la invariante que otras.

### 5.3. La noción de Prototipo en Gramática

El ejemplar prototípico de una categoría lingüística es aquél que tiende a presentarse como más básico desde un punto de vista intuitivo. Sin embargo, con cierta frecuencia la intuición se asocia al razonamiento ordinario y se convierte en una valoración negativa para las propuestas científicas. Por supuesto, “intuitivo” no significa “carente de rigor metodológico”. Las hipótesis surgen de evidencias empíricas pero nunca de unos datos entendidos como totalidad inquebrantable sino, más bien, de una selección efectuada a criterio del propio investigador y, por tanto, donde la intuición —esto es, la capacidad para proponer soluciones imaginativas o meramente viables— desempeña un papel decisivo. De hecho, una teoría que produzca resultados anti-intuitivos deberá, como mínimo, ajustarse a procesos de verificación adicionales. Los problemas surgen si la intuición ha sido el único criterio manejado, pues quizá la tarea más elemental de toda investigación consista, precisamente, en traducir ese valor intuitivo a parámetros sistematizables.

La noción de prototipo exige, por tanto, que se establezcan las condiciones para detectar esos ejemplares más básicos en el campo o la disciplina que corresponda. Aunque tal premisa puede parecer obvia, lo cierto es que la irrupción de la teoría de prototipos en los distintos modelos gramaticales no ha ido acompañada de la menor reflexión al respecto. Se diría que es tan urgente la necesidad de apelar a nuevas herramientas en Gramática que no hay tiempo para depurarlas y acaban imponiéndose con el uso. Este descuido puede tener justificación en los primeros años de desarrollo pero, en cuanto se gana perspectiva histórica, se convierte en un factor negativo para evaluar el cambio. El reconocimiento de la incertidumbre epistémica no debe impedir, por supuesto, que los conceptos lingüísticos se elaboren sobre postulados tan firmes como sea posible.

### 5.3.1. Revisión de los prototipos gramaticales

Los representantes prototípicos de las categorías pertinentes en Gramática remiten, en mi opinión, a las siguientes propiedades:

- *Frecuencia*: El ejemplar prototípico presenta una frecuencia superior a la de los demás miembros de la categoría.

- *Autonomía en el discurso*: El ejemplar prototípico se sujeta a menor número de restricciones sintácticas y semánticas que los demás miembros de la categoría cuando se actualiza en el discurso.

- *Grado de adecuación*: El ejemplar prototípico posee mayor número de atributos definitorios de la categoría, es decir, se ajusta mejor a los requisitos propios de la invariante que representa. Además, en caso de que éstos puedan cualificarse, tiende a poseer los más relevantes.

- *Productividad*: Como resultado de las tres propiedades anteriores, el ejemplar prototípico de una categoría se muestra más productivo, es decir, participa en mayor medida de los procesos combinatorios del lenguaje.

Estas propiedades se ilustrarían eficazmente con cualquiera de las categorías habituales en los estudios gramaticales, como la clase sintáctica *sujeto*. Sobre datos del español, pueden considerarse los constituyentes en cursiva en (1a) y (2a):

- |       |     |   |
|-------|-----|---|
| esp.: | 1a) | <i>Aquel hombre</i> siempre dibujaba círculos |
|       | 2a) | Me parece <i>que no ha llegado todavía</i>    |

Parece obvio que el sujeto de (1a) representa con mayor solvencia lo que entendemos por “sujeto” que el correspondiente a (2a). Ambos constituyentes realizan la misma función en la cláusula aunque no en el mismo grado. Por ahora baste considerar que los hablantes del español señalarían al de (1a) y nunca al de (2a) como característico del conjunto. Al reconocerlo así, le asignan un carácter focal que puede calibrarse me-

diante criterios objetivos<sup>14</sup>. Las frases nominales en función de sujeto son más frecuentes en español que las cláusulas encabezadas por la conjunción *que*, según corroboraría cualquier corpus de datos. Además, el sujeto de (1a) experimenta menos restricciones en lo que respecta a su combinatoria sintáctica, como se desprende de su libertad en el orden relativo de constituyentes. Las secuencias de la serie (b) indican que la inversión del sujeto en (1a) es perfectamente aceptable, mientras que para (2a) apenas se admite en casos muy marcados:

esp.:	1b)	Siempre dibujaba círculos <i>aquel hombre</i>
	2b)	? <i>Que no ha llegado todavía</i> me parece

También las restricciones semánticas operan en favor de (1a). De hecho, el sujeto *aquel hombre* se presenta como previo e independiente de la acción denotada por la cláusula —a diferencia del complemento directo, 'círculos', que es resultado de la acción—. En cambio, el sujeto '*que no ha llegado todavía*' no muestra autonomía semántica ni meramente referencial; sólo existe como discurso.

### 5.3.2. La propuesta de M. Winters

Entre los intentos más depurados para definir prototipos sintácticos cabe contar un trabajo de M. Winters (1989), que destaca la importancia de la categorización prototípica en el terreno cultural tanto como en el natural o biológico-cognitivo. En sus argumentos, el hecho de que un pájaro como el *kiwi* no sea prototípico en Norteamérica o Europa tiene que ver con su baja frecuencia —esto es, con el hecho de que sólo se encuentre en zoológicos y nunca en jardines— más que con sus rasgos definitorios que, en buena medida, coinciden con los de un *gorrión*. Esta visión se traslada a la Gramática y sirve para fijar los siguientes rasgos definitorios del proto-

<sup>14</sup> Obsérvese que los criterios que doy a continuación se limitan a los dos primeros de los mencionados, *frecuencia* y *autonomía* (tanto en el estrato sintáctico como en el semántico). No considero adecuado entrar aquí en mayores detalles que exigirían definir la función sintáctica *sujeto* al completo.

tipo sintáctico: *Frecuencia, Productividad, Notabilidad, Transparencia, Autonomía y Naturalidad*. Pero, a pesar de la coincidencia de etiquetas, estos rasgos no se identifican hasta el final con los que se han proporcionado en las líneas precedentes.

De entrada, M. Winters distingue entre *frecuencia-tipo* y *frecuencia-aparición*. La primera engloba los ejemplares sintácticos frecuentes por su productividad; la segunda aquéllos frecuentes sólo por su número de apariciones. En este sentido, el paradigma flexivo del verbo 'amar' en español proporcionaría una frecuencia-tipo, ya que sirve como modelo para los verbos regulares de la primera conjugación. En cambio, las formas del verbo 'ser' proporcionan únicamente una frecuencia-aparición: como se trata de un verbo de uso muy habitual puede contar con muchas ocurrencias en un discurso pero no serían indicativas de ningún paradigma productivo (1989:291):

Type frequency is a sign of productivity, while token frequency [...] is analogous to the multiple repetition of frozen expressions which are non-productive by their very nature, since any changes would remove them from the realm of the token count.

La interrelación de ambos parámetros, así establecida, es peligrosa, en tanto que les resta capacidad de actuación por separado. Si frecuencia y productividad se funden, una de ellas será redundante o, al menos, secundaria. Manteniendo su independencia, en cambio, la frecuencia proporciona el número de apariciones en bruto de un ejemplar y la productividad interviene, posteriormente, para refinar ese análisis. De hecho la conformación de prototipos que puedan aplicarse en gramática debe tener en cuenta el desgaste superior de las formas más usuales y su consiguiente tendencia a disponer de recursos propios, una alteración del prototipo bastante habitual en las lenguas.

Por otra parte, la *notabilidad* de M. Winters viene siendo el paralelo de lo que hemos llamado *grado de adecuación*. Si una cláusula básica ha de ser prototípicamente simple, declarativa, afirmativa y activa, otras cláusulas no serán tan notables por estar dotadas de rasgos, adicionales o dife-

rentes, que resultan menos modélicos que los del prototipo. Pero la etiqueta *notabilidad* subraya el efecto psicológico que el ejemplar prototípico produce en los individuos, mientras que *grado de adecuación* posee un carácter simplemente descriptivo. La diferencia terminológica no es casual. M. Winters resalta los efectos de gradualidad hasta el punto de que éstos acaban filtrándose en su definición de un prototipo sintáctico. Los rasgos se influyen mutuamente, sus conexiones se multiplican y, casi siempre, denotan aspectos psicológicos al mismo rango que los puramente gramaticales. Sin embargo, parece más adecuado afrontar la organización prototípica como un efecto diferenciado de sus causas. Determinados indicios que se descubren en las categorías gramaticales —hechos de asimetría, escalaridad, mayor o menor notabilidad— nos empujan a considerar una estructuración interna diferente del patrón discreto. Una vez admitida la gradación, el ejemplar más representativo de la categoría, su prototipo, lo es por poseer determinadas cualidades que están ausentes de los miembros periféricos. Los rasgos definitorios del prototipo son las causas que explican su estatus privilegiado, no sus efectos. De hecho, las repercusiones comportamentales o psicológicas de la estructuración prototípica las conocíamos desde el principio.

Al enfocar conjuntamente causas y efectos, M. Winters encuentra serias dificultades para diferenciar *notabilidad* y *transparencia*<sup>15</sup>. En realidad, la notabilidad que ella reconoce —nuestro grado de adecuación— es un rasgo definitorio, la transparencia es una consecuencia de ella: al cumplir los rasgos modélicos, el ejemplar prototípico gana en transparencia, es decir, resulta más eficiente en la comunicación porque favorece que emi-

---

<sup>15</sup> M. Winters entiende que la *transparencia* —como la *notabilidad* y la *autonomía*, esto es, los rasgos más importantes del prototipo sintáctico— sólo pueden comprobarse en situaciones específicas y que unas lenguas le conceden mayor relevancia que otras. En sus ejemplos, el verbo '*comprar*' en inglés -'to buy'- debe especificar en sus ocurrencias '*quién*' compra y '*qué*': '*Somebody bought something*'. Esta información no es imprescindible en japonés, que tiende a la nominalización de los verbos y, consecuentemente, a mostrar un alto nivel de ambigüedad con respecto a los participantes que se involucran en ellos: '*Kaimashita*' (lit.: '*Compró*'). La autora supone que el inglés resulta más transparente en este entorno que el japonés, una consecuencia que parece derivada de una visión hecha desde el inglés y no desde el japonés.



sor y receptor perciban si el mensaje se ajusta a su expectativa/compreñión<sup>16</sup>. En cuanto a la Autonomía de una unidad viene dada, según M. Winters, por su capacidad para aparecer sola, como elemento separado e independiente en un supuesto “lexicón mental”. Esta definición resulta insuficiente en Sintaxis. Es obvio que una unidad independiente resulta más-básica que otra que dependa de determinada situación contextual o gramatical. No obstante, creo que interesa destacar algún otro factor. Tomando el inglés como punto de referencia, se puede concluir que los complementos indirectos precedidos de ‘to’ son más autónomos que los que experimentan el llamado *movimiento del dativo*. Pero las diferencias de autonomía no proceden exclusivamente de la presencia o la ausencia de la preposición ‘to’ sino, más bien, de que su ausencia conlleva algunas restricciones, tanto sintácticas como semánticas, para la aparición de ese segundo tipo de complemento indirecto. Por fin, la propia M. Winters reconoce las dificultades de abordar el término *naturalidad* con una verdadera definición, que sobrepase el nivel impresionista y se decanta por introducir los parámetros de las investigaciones experimentales en Psicología (1989:296). En sus ejemplos, la pasiva analítica del latín —del tipo ‘*laudatus est*’, ‘*laudatus erat*’— es más “natural” que la sintética —representada por formas como ‘*laudatur*’ o ‘*laudabatur*’— y, como tal, se ha mantenido en las lenguas románicas.

### 5.3.3. El carácter no-discreto de los prototipos gramaticales

En general, estas discordancias entre la aproximación de M. Winters y la que se sugiere en estas páginas proceden de una muy diferente concepción de la borrosidad categorial. M. Winters admite vaguedad en la asignación a una clase de palabras para los segmentos ‘*up*’ o ‘*in*’ que intervienen en una secuencia como (3a). Podría tratarse de preposiciones, de adverbios, de ambos o de otra categoría no bien definida:

---

<sup>16</sup> M. Winters percibe esta naturaleza derivada de la noción de transparencia, ya que declara (1989:293): “[...] transparency in syntactic units is a condition of optimality making the simple, active, declarative sentence, which is produced with the least marked word order available to speakers, the most prototypical”.

- ing.: 3a) He gave *up* the business and moved *in* with his son  
 'Dejó el negocio y se instaló con su hijo'

En cambio, en (3b-c) la autora no reconoce dificultades a la hora de decidir la categoría apropiada para los adjetivos que en una lengua actúan como sustantivos:

- ing.: 3b) The *poor* are always with us  
 'Los pobres siempre están con nosotros'
- 3c) Lifestyles of the *rich* and *famous*  
 'Los modos de vida de los ricos y famosos'

En su opinión puede tratarse de sustantivos o de adjetivos pero no cabe referirse a indefinición categorial (1989:297):

[...] '*the poor*', '*the rich*', '*[the] famous*' can be described as nouns, as adjectives, or as adjectives used as nouns, but not as not belonging at all to any category of English grammar.

La borrosidad categorial alcanza las dos series de ejemplos porque en ambos casos, los ejemplares propuestos escapan a la condición de "completamente-miembro" de una de las categorías tradicionalmente consideradas —preposición y adverbio en el primer caso, sustantivo y adjetivo en el segundo—. La dificultad de atribuir elementos como éstos a una clase bien configurada ha constituido un problema fundamental en la tradición gramatical. La cuestión está en proporcionar una alternativa que no distorsione la naturaleza intermedia de estos ejemplares. En este sentido serían posibles varias soluciones:

- Extender la noción de una de las categorías en litigio para que pueda absorber a los ejemplares periféricos, como '*in*'/'*up*' o '*poor*'/

'rich'/'famous'. De este modo, se consideraría a los primeros únicamente preposiciones o únicamente adverbios y a los segundos, o bien sustantivos o bien adjetivos;

- Postular una categoría intermedia entre las clases enfrentadas, esto es, una clase de palabras a caballo entre la preposición y el adverbio y otra entre adjetivo y sustantivo;

- Reconocer la naturaleza gradual de las clases.

La primera solución, al ensanchar el ámbito de alguna de las clases de palabras tradicionalmente reconocidas, estrecha automáticamente los límites de la clase con la que compete. Esto es, para que *'poor'*, por ejemplo, se categorice como sustantivo habría que restringir el alcance de la clase de los adjetivos y, al revés, para reconocerlo como adjetivo inequívoco, conviene reducir los límites del sustantivo. Obviamente, esta reconfiguración de las categorías es poco viable y, además, se arriesga a encontrar nuevos casos intermedios. La segunda posibilidad contempla ese mismo riesgo de aparición de confines borrosos entre las clases intermedias que se propongan y cada una de las iniciales, además de multiplicar innecesariamente los grupos. Sólo la tercera de las posibilidades parece adecuada: si se eliminan las fronteras rígidas entre las clases será posible reconocer ejemplares a medio camino entre dos polos opuestos. Como ventajas adicionales, se trata de una solución *simple*, que no obliga a replantear el entramado gramatical; *económica*, porque no introduce nuevas clases; *adecuada*, porque no contraviene ningún principio metodológico básico y *provista de proyección sobre los datos empíricos* en la medida en que nos da soluciones para casos ciertamente problemáticos.

M. Winters resta pertinencia a la vaguedad que sólo reconoce ante el fracaso epistemológico de otras aproximaciones y no como una propiedad derivada de la peculiar disposición de ciertos elementos. La autora precisa de la borrosidad para *'in'* y *'up'*, no para *'the poor'*, *'the rich'* o *'the famous'* que, al final, define como adjetivos capaces de funcionar del mismo modo que los sustantivos. Esta es la tendencia que generalmente adoptan quienes defienden la teoría de prototipos sin dar un estatus previo a la vaguedad. De ahí que utilice conjuntamente rasgos que podrían cata-

logarse como *primitivos* y rasgos de tipo secundario o *derivados* de los anteriores. En todo caso, su trabajo realiza un esfuerzo notable por adaptar las herramientas de los prototipos al quehacer sintáctico y, en este sentido, no duda en establecer una ordenación de los rasgos (1989:298):

The features listed above in no particular order can be further arranged in groupings, since certain of these features interact more closely with each other than do others. [...] salience seems often to serve as the basis for the productivity and frequency of a given construction [...]. Transparency and autonomy, in turn, are features which give rise to salience. They do not necessarily work together, however, since a construction may be transparent without being autonomous, and vice versa.

La propuesta que se ha formulado en estas páginas pretende dar cuenta de las razones por las que un ejemplar prototípico resulta más representativo de su clase que otros, no de los efectos que se obtienen en el discurso por haber utilizado ejemplares prototípicos. En este nivel se entiende que deben evitarse las influencias de lo investigado sobre el investigador. Las propiedades definitorias no tienen que ser necesarias y suficientes pero tampoco tienen que ser graduales por definición. Son, únicamente, los factores que fomentan ese entramado de la categorialidad y se contemplan intrínsecamente ligados a sus efectos. Que el prototipo de una clase sea más frecuente que otros ejemplares abre la puerta de la variabilidad porque supone variantes de uso más restringido. Que el prototipo sea con preferencia autónomo supone la posibilidad de ejemplares más complejos: así frente a la autonomía de las cláusulas simples, las subordinadas ilustran una forma particular de dependencia parte-todo. Que el prototipo cumpla en mayor medida los rasgos definitorios de la clase implica la posibilidad de una ordenación escalar, donde cada ejemplar ilustra distintas posibilidades en el cumplimiento de esos rasgos y no la mera solución binaria 'cumple' o 'no-cumple'. Que el prototipo sea más productivo supone la existencia de asimetrías: no todos los ejemplares se disponen a desempeñar la función que el sistema les encomienda, unos apenas lo consiguen y otros traspasan sus limitaciones originales. La existencia de un ejemplar especialmente representativo tiene como consecuencia lógica que los restantes miembros de la categoría se ordenen por su *similaridad*

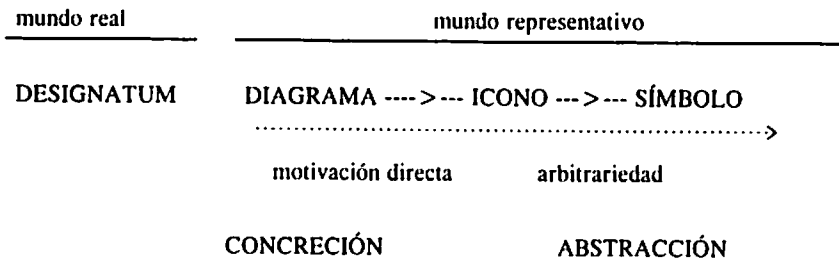
con el prototipo, dando lugar a una configuración radial. Sin embargo, la categorización prototípica tiene una base psicológica y, por tanto, lábil. El prototipo es flexible y se expande en todas direcciones para acoger nuevos miembros, no siempre ortodoxos, implicando a veces procesos tan poco propicios a la sistematización como la metáfora.

#### **5.4. Iconicidad**

La mayoría de las aproximaciones filosóficas han defendido que el lenguaje humano, a diferencia de los sistemas de comunicación animal, es esencialmente simbólico. Con este planteamiento, básico en el Estructuralismo pero asumido también por toda la Lingüística contemporánea, los conceptos lingüísticos adquieren dimensiones abstractas: se trata de entidades arbitrarias, que no remiten al mundo real, sino a un entramado de relaciones sistemáticas. Lo que en determinado momento sirvió para obtener el grado de generalidad inherente a todo estudio científico, desembocó después en un hábito peligroso. Si la Lingüística se desentiende de la realidad material del lenguaje, sólo describirá una ficción. Y, al desdoblarse la forma de la sustancia, se pretendía que ésta fuese secundaria, no completamente accesoria. Contra cualquier exceso en esta línea, J. Haiman (1980 y 1983) concibe las categorías lingüísticas como reflejo de otras categorías de orden conceptual o extralingüísticas. La hipótesis implica que el lenguaje es bastante menos arbitrario de lo que se ha venido considerando, toda vez que entre la apariencia de las estructuras gramaticales y el contenido que comunican median relaciones icónicas. La estructura del lenguaje se ve motivada según J. Haiman por la percepción humana del mundo (1983:816):

[...] linguistic categories may be derived from, and ultimately may be similar to, conceptual categories, in much the same way that phonemes are derived from, and similar to, the actual sounds of the speech. In particular, the similarities and differences among grammatical categories [...] may reflect, in a motivated fashion, comparable similarities and differences among conceptual categories.

De hecho, motivaciones externas se descubren en la conformación de todos los sistemas semióticos. Para elaborar sus códigos, las comunidades humanas seleccionan determinadas porciones de la realidad y buscan *señales* capaces de representarlas. Pero, como el medio físico en que se desenvuelve la comunicación tiende a provocar el desvanecimiento de la señal, ésta se aligera, perdiendo algunos de los rasgos que estaban presentes en su designatum y ganando, por contra, valor representativo. En lugar de una reproducción fiel del mundo, se obtiene un *diagrama* donde la información se reduce al mínimo dictado por las necesidades comunicativas. A partir de aquí, el parentesco inicial entre la señal y su designatum disminuye progresivamente y *el diagrama* se transforma en *icono*, una representación que ha ganado en generalidad lo que había perdido en cercanía con su modelo. Con el tiempo, la comunidad que usa el código deja de tener presente, al menos conscientemente, ese sustento real de sus señales, y el icono renuncia a toda carga externa convirtiéndose en un *símbolo*, útil para representar la realidad aunque no mantenga ya con ella más que una relación convencional, fruto del acuerdo de la comunidad que lo usa y no de su motivación directa. Como indica T. Givón (1985), desde el punto de vista metodológico no hay indicios que permitan decidir en qué momento del continuum que media entre la reducción de rasgos y la abstracción de la señal se atraviesa la frontera entre icono y símbolo.



Al aceptar que los sistemas lingüísticos filtran aspectos externos, se pueden atender las facetas del estudio olvidadas por el Estructuralismo, además de integrar el lenguaje en el conjunto de los sistemas semióticos. Estas dos ventajas contribuyen, sin duda, al éxito de que ha gozado esta

aproximación en el modelo tipológico. En los distintos niveles, los iconos suponen relaciones de *similaridad* entre una señal codificada y un fragmento de la realidad. Y esas relaciones serán más intensas cuanto menos haya avanzado el proceso de abstracción antes apuntado; por eso los hablantes perciben las motivaciones icónicas del léxico antes que las sintácticas, bastante más complejas. Además, la similaridad entre categorías lingüísticas y conceptuales depende del contexto y se establece de modo subjetivo, lo que explica el carácter creativo del lenguaje. La metáfora no surge del propio código —que, por definición, se halla rígidamente establecido— sino de esa plasticidad del pensamiento a la que el lenguaje no debe de escapar.

En este punto, la teoría de prototipos puede integrarse en el estudio lingüístico, ya que la relación de similaridad sobre la que éstos se articulan encaja perfectamente con la evidencia psicolingüística. Al percibir la variedad del mundo, el cerebro humano opta por la categorización, es decir, por agrupar las entidades en clases que le permitan una identificación más solvente. No es extraño que el lenguaje trasluzca en alguna medida ese proceso. Una categoría gramatical, como la de objeto, es una abstracción metateórica, apta para manipular ciertas propiedades lingüísticas y cuya razón última puede buscarse en la categorización humana de los procesos. En su proyección sintáctica habrá que contar con un ejemplar prototípico —el más representativo de los vehículos de expresión que puedan transmitir en una lengua el mensaje confiado a los objetos—; y otras posibles codificaciones, más o menos similares a la considerada prototípica, que respondan a diferencias persistentes en el mundo. La creatividad, individual o del grupo, altera la conformación de las categorías lingüísticas, es decir, sanciona la entrada de nuevos miembros o rechaza alguno de los que estaban presentes. Tras el supuesto cambio, la categoría reorganiza sus atributos característicos y el orden relativo de los mismos y, consecuentemente, el prototipo cambia; de ahí la variación diacrónica, diatópica o diafásica. Pero, incluso estas alteraciones están reguladas como iconos pues, según indica T. Givón (1985:210), cuanto más importante sea una entidad a efectos comunicativos, mayor tendencia mostrará a poseer una codificación específica en las lenguas.

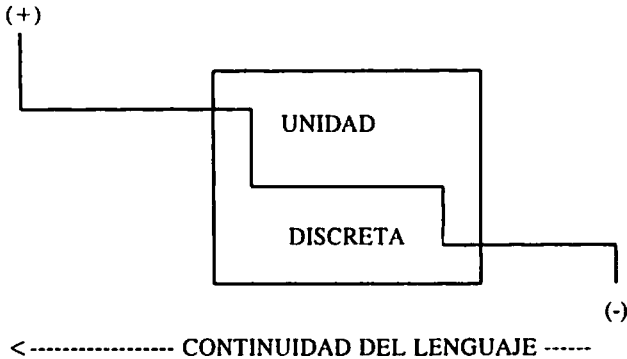
### 5.5. Formalización lingüística

Por la visión que venimos dando a lo largo de estas páginas, se diría que las categorías lingüísticas adoptan un perfil wittgensteiniano; son entidades difusas y contingentes. Por un lado, el cerebro humano establece sus conceptos sobre parámetros elásticos, que permitan modificaciones ulteriores. Por otro, las comunidades arbitran señales que puedan acomodarse a esa versatilidad del mundo, buscando antes satisfacer sus necesidades comunicativas que elaborar sistemas coherentes. Parece adecuado plantear, pues, la existencia de algún factor en conflicto con los anteriores para justificar la casi total ausencia de parámetros continuos en la tradición lingüística. Buena parte de este rechazo puede imputarse a una cuestión tan simple como es la dificultad de operar con categorías graduales, sensiblemente superior a la exigida por conceptos “de-sí-o-no”. La necesidad de construir herramientas bastante más complejas y de operar con procedimientos de medida cualitativos habría amputado los intentos que, históricamente, se dieron en esta dirección. Además, la formalización modélica del binarismo tiene un enorme atractivo, del que no puede escapar una ciencia mientras se mantenga en fase de construcción. Sin embargo, los problemas que limitaron esta vía no son meramente metodológicos.

En contra de la continuidad sería posible argüir también ciertos datos: tanto las estructuras como las unidades lingüísticas son discretas; un orden de palabras, por ejemplo, aparecerá documentado o no y una función sintáctica estará presente en una lengua concreta o ausente de ella, sin que quepan estadios intermedios. La solución tradicional da cuenta de esta realidad y elabora un aparato conceptual apropiado para someter cualquier índice de confusión. Igual que ocurrió en Lógica, en Lingüística se desarrolla así un constructo armónico pero abocado a la excepcionalidad: periferias, irregularidades, casos intermedios y, en general, fenómenos que se resisten a un tratamiento lineal. La alternativa consistiría en elaborar conceptos meta-teóricos suficientemente dúctiles como para reflejar ese debate interno del lenguaje, obligado a modelar sus dimensiones continuas con materiales discretos. En realidad, los sistemas lingüísticos parecen registrar peculiares decisiones de compromiso entre estas dos fuer-



zas contrarias, por eso una misma unidad lingüística suele recubrir distintos estadios en el cumplimiento de una propiedad. Se consigue, de este modo, una uniformidad aparente, capaz de resistir análisis superficiales. Pero en cuanto se intenta escudriñar su interior, salta a la vista la rigidez de aquellos límites y la necesidad de difuminar sus contornos.



Esta compleja disposición, eludida por los estudios lingüísticos, es continuamente reivindicada por el modelo Tipológico. Para dar cuenta de ella, parece necesario asumir que los conceptos lingüísticos no son categorías prístinas y delineadas por condiciones suficientes y necesarias sino, más bien, abstracciones únicamente susceptibles de estudio desde una óptica que contemple dos principios metodológicos básicos.

Por un lado, el *Principio de Complejidad* supone que no hay ninguna evidencia a priori de que las categorías lingüísticas deban deslindarse a partir de criterios binarios. Aunque, ocasionalmente, remitan a este tipo de conformación simple, es habitual que los entornos categoriales surjan de la intersección de varios parámetros que actúan simultáneamente —y no de uno solo o de varios que intervengan de modo sucesivo—. Como, además, el lenguaje muestra una impronta cognitiva, las propiedades que definen cada salto categorial no son siempre arbitrarias.

En otro sentido opera el *Principio de Escalaridad*, según el cual la conformación interna de cada categoría no tiene que ser uniforme. Una ob-

servación detallada muestra, al contrario, que muchas de las categorías lingüísticas poseen una inherente gradualidad, proyectada en dos niveles distintos. Por una parte, la condición de pertenencia de determinado miembro a una clase es relativa, esto es, si nuestros conceptos teóricos no distorsionan la realidad, se observa que algunas entidades se instalan mejor en una categoría que otras. Usando una metáfora espacial se diría que algunos ejemplares de las categorías lingüísticas son *centrales* y otros *periféricos*. Por otra parte, los confines categoriales carecen de límites estrictos. No siempre es posible distinguir nítidamente el entorno de una categoría lingüística del de su vecina. Será conveniente, entonces, reconocer casos-límite, cuyas propiedades coinciden parcialmente con las de entidades inventariadas en otra categoría y que nos impiden estar seguros de si nos enfrentamos a una nueva categoría intermedia entre dos primeramente consideradas o a una zona de indefinición. Por otra parte, esta evidencia no alimenta ningún caos. Lo que realmente significa es que, de asumir este principio, habremos conseguido reflejar en nuestro aparato conceptual la realidad empírica porque, en un mundo que no responde a directrices platónicas, es preciso dar cierto estatus a la vaguedad admitiendo que las entidades se solapan en alguna medida. Retomando el discurso estructuralista habrá que reconocer que no contamos con un punto de vista absoluto desde el cual fijar los límites de cada término con independencia de las relaciones que mantiene con otros.

Estos principios metodológicos son suficientemente fecundos porque incluyen distintas posibilidades de realización. Las visiones discretas imponen una única solución a cada problema: un constituyente es complemento directo o no lo es y una forma léxica es preposición o adverbio sin vacilaciones. Con el cambio de punto de vista no se sigue, sin embargo, que todas las cuestiones de interés para el lingüista sean necesariamente complejas y escalares. Simplemente se reclama esta posibilidad, en la que el binarismo sería un caso particular, igualmente reconocido porque la gradación mínima tiene dos únicos polos, el positivo y el negativo, los reconocidos tradicionalmente. Hasta aquí, los principios postulados no obligan a pagar costes adicionales al proceso de investigación y, en cambio, prometen solventar cuestiones oscuras. Desde luego, no se pretende

simplificar vanamente el objeto de estudio afirmando que las propiedades o las clases tienen vigencia *en cierto modo*. El temor a la simplificación debe erradicarse porque nunca un estado de cosas relativo es más fácil de enjuiciar que uno absoluto.

### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BERLIN, Brent & Paul KAY (1969): *Basic Color Terms. Their Universality and Evolution*, Univ. California Press, 1969.
- BLACK, Max (1937): "Vagueness: An Exercise in Logical Analysis", *Philosophy of science* 4, 1937, 427-455.
- (1963): "Reasoning with loose concepts", *Dialogue* 2, 1963, 325-373.
- (1970): *Margins of Precision*, Cornell Univ. Press, 1970
- BROWN, Cecil H. (1989): "A survey of category types in natural language" en S. TSOHATZIDIS, ed., 1989, 17-47.
- BUNGE, Mario (1989): *Mente y sociedad*, Madrid, Alianza Universidad, 1989.
- COLEMAN, Linda & Paul KAY (1981): "Prototype Semantics: the English verb *lie*", *Language* 57/1, 1981, 26-44.
- COSERIU, Eugenio (1990): "Semántica estructural y Semántica cognitiva" en *Homenaje al profesor Francisco Marsá. Jornadas de Filología*, Univ. de Barcelona, 1990, 239-282.
- FILLMORE, Charles J. (1975): "An alternative to checklist theories of meaning" en *Proceedings of the first Annual Meeting of the Berkeley Linguistics Society*, 1975, 123-131.
- (1982): "Towards a descriptive framework for spatial deixis" en R. JARVELLA & W. KLEIN, eds., *Speech, Place, and Action. Studies in Deixis and related topics*, Londres, John Wiley & Sons Ltd., 1982, 31-59.
- GARRIDO MEDINA, Joaquín (1988): *Lógica y Lingüística*, Madrid, Síntesis, 1988.
- GEERAERTS, Dirk (1989): "Prospects and problems of Prototype Theory", *Linguistics* 27, 1989, 587-612.
- GIVON, Talmy (1985): "Iconicity, isomorphism, and non-arbitrary coding in syntax" en J. HAIMAN, ed., *Iconicity in Syntax*, Amsterdam-Philadelphia, John Benjamins Pub. Co., 1985, 187-219.

- (1986): "Prototypes: between Plato and Wittgenstein" en C. CRAIG, ed., *Typological Studies in Language*, vol. 7: *Noun Classes and Categorization. Proceedings of a Symposium on Categorization and Noun Classification, Eugene, Oregon, October 1983*, Amsterdam-Philadelphia, John Benjamins Pub. Co., 1986, 77-102.
- (1991): "Isomorphism in the grammatical code: Cognitive and biological considerations", *Studies in Language* 15/1, 1991, 85-114.
- HAIMAN, John (1980): "The iconicity of grammar: Isomorphism and Motivation", *Language* 56, 1980, 515-540.
- (1983): "Iconic and economic Motivation", *Language* 59/4, 1983, 781-819.
- HEIDER [ROSCHE] Eleanor (1971): "'Focal' color areas and the development of color names", *Developmental Psychology* 4, 1971, 447-455.
- (1972): "Universals in color naming and memory", *Journal of Experimental Psychology* 93, 1972, 10-20.
- HOPPER, Paul J. & Sandra A. THOMPSON (1980): "Transitivity in Grammar and Discourse", *Language* 56/2, 1980, 251-299.
- (1984): "The discourse basis for lexical categories in universal grammar", *Language*, 60/4, 1984, 703-752.
- KATZ, Jerrold & Jerry FODOR (1963): "The structure of a semantic theory", *Language* 39, 1963, 170-210.
- KAY, Paul & Chad McDANIEL (1978): "The linguistic significance of the meanings of basic color terms", *Language* 54/3, 610-647.
- LABOV, William (1973): "The boundaries of words and their meanings" en C.J. BAILEY y R. SHUY, eds., *New ways of analyzing variations in English*, vol. I, Georgetown University Press, 1973, 340-373.
- LAKOFF, George A. (1972): "Hedges: A Study in Meaning Criteria and the Logic of Fuzzy Concepts", *Papers from the Eighth Regional Meeting. Chicago Linguistic Society*, Univ. of Chicago, 1972, 183-228. Reed. en D. HOCKNEY et alii, eds., *Contemporary Research in Philosophical Logic and Linguistic Semantics*, Dordrecht, D. Reidel Pub. Co., 1975, 221-271.
- MOLINER, María (1990): *Diccionario de uso del español*, 2 vols., Madrid, Gredos, 1990.
- MOURE, T. (1993): "El modelo difuso como programa de investigación lingüística" en A. SOBRINO y S. BARRO, eds., *Estudios de Lógica borrosa y sus aplicaciones*, Univ. de Santiago de Compostela, 1993, 245-274.
- POTTIER, Bernard (1965): "La définition sémantique dans les dictionnaires", *Travaux de Linguistique et de Littérature*, 1965, 33-39.

- PUTNAM, Hilary (1973): "Meaning and reference", *The Journal of Philosophy* 70, 1973, 699-711.
- (1975): "The meaning of 'meaning'" en K. GUNDERSON, comp., *Language, Mind and Knowledge, Minnesota Studies in the Philosophy of Science*, VII, Univ. of Minnesota Press, 1975. Trad. esp. de J. Acero, "El significado de 'significado'", *Teorema* 14-3/4, 1984, 345-405.
- ROSCH Eleanor (1973): "Natural categories", *Cognitive Psychology* 4, 1973, 328-350.
- (1975): "Cognitive reference points", *Cognitive Psychology* 7, 1975, 532-547
- (1978): "Principles of categorization" en E. ROSCH & B. LLOYD, eds., *Cognition and Categorization*, Nueva Jersey, Lawrence Erlbaum Associates Publishers, 1978, 27-48.
- SAPIR, Edward (1921): *Language. An introduction to the study of speech*, Londres, Granada, 1970. Trad. esp. de A. Margit y A. Alatorre, *El lenguaje*, México, FCE, 1954.
- TAYLOR, Robert (1990): *Linguistic categorization*, Oxford, Clarendon Press, 1989.
- TSOHATZIDIS, Savas L., ed. (1989): *Meanings and Prototypes. Studies on Linguistic categorization*, Londres-Nueva York, Routledge and Kegan Paul, 1989.
- WHORF, Benjamin L. (1945): "Grammatical Categories", *Language* 21, 1945, 1-11.
- WIERZBICKA Anna (1989): "'Prototypes save': on the cases and abuses of the notion of 'prototype' in Linguistics and related fields" en S. TSOHATZIDIS, ed., 1989, 347-367.
- WINTERS, Margaret (1989): "Toward a theory of syntactic prototypes" en S. TSOHATZIDIS, ed., 1989, 285-306.
- WITTGENSTEIN, Ludwig (1953): *Philosophische Untersuchungen*, edición de G. Anscombe y R. Rhees, Oxford, B. Blackwell, 1967<sup>3</sup>. Ed. bilingüe con trad. esp. de A. García Suarez y C. Ulises Moulines, *Investigaciones filosóficas*, Barcelona, Crítica, 1988.
- ZADEH, Lötflly A. (1965): "Fuzzy stes", *Information and Control*, vol. 8, Nueva York, Academic Press, 1965, 338-353.
- (1984): "A theory of commonsense knowledge" en H. SKALA; S. TERMINI y E. TRILLAS, eds., *Aspects of Vagueness*, Dordrecht-Boston-Lancaster, D, Reidel Pub. Co., 1984, 257-296.